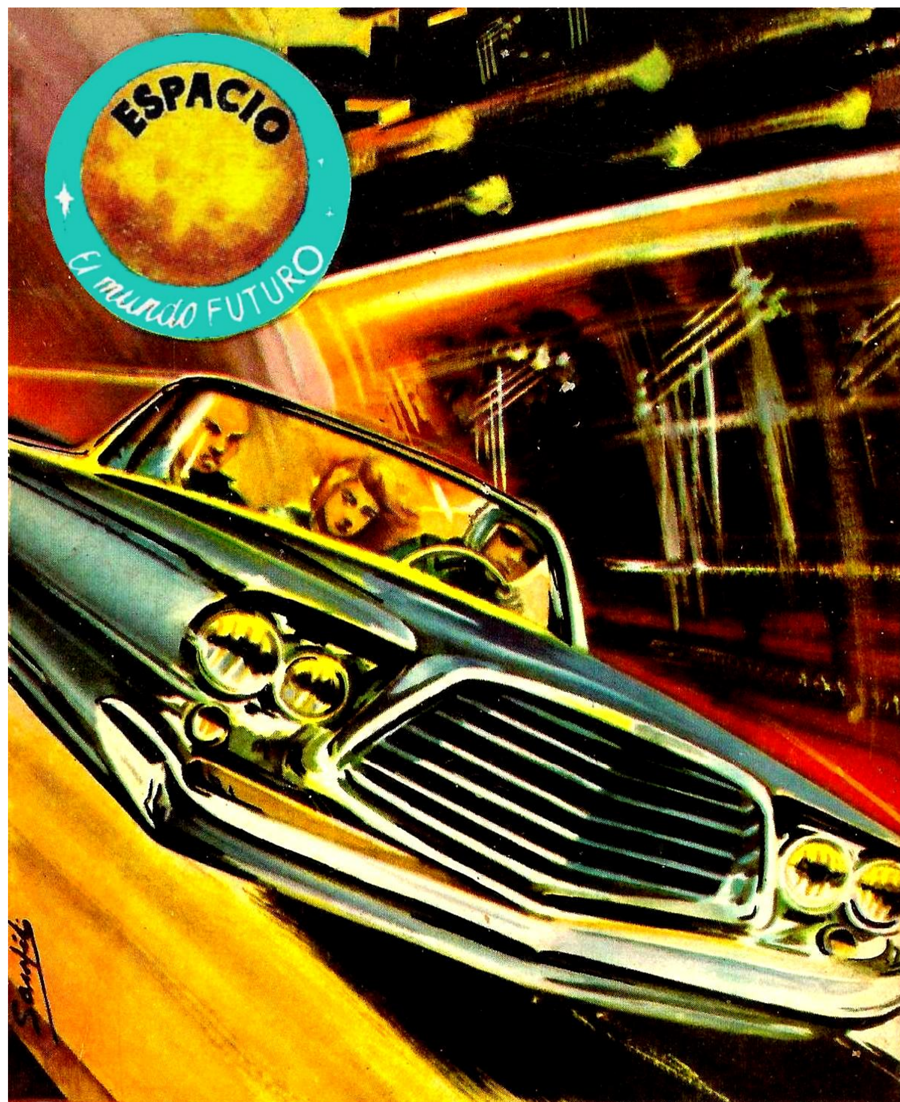


LA GUERRILLA NEGRA

CLARK CARRADOS



LA GUERRILLA NEGRA

CLARK CARRADOS

La guerrilla negra

Colección **ESPACIO**

La guerrilla negra

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 534 - 1960

Registro núm. 6.631 - 59

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta — Arnaldo de Oms, 51 - 53 —, Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



OR entre las tinieblas se deslizó una sombra, corriendo en absoluto silencio, sin causar el menor ruido, como un fantasma apenas perceptible para los ojos que la estaban mirando. Cruzó por delante de dos anchos barracones y se fundió con la esquina de un tercero.

Otra silueta repitió la misma operación, pero en sentido contrario. Y varias sombras más, naciendo en apariencia del suelo, fueron extendiéndose en todos sentidos, ocupando las posiciones que ya habían sido previstas de antemano.

A un kilómetro de distancia, los gruesos proyectores del astropuerto bañaban el cielo con su lechosa claridad. De vez en cuando, alguno de ellos bajaba el haz de rayos de su foco y entonces la tierra adquiría una blancura súbita, deslumbrante, como si un nuevo sol hubiera nacido en aquel pequeño trozo de terreno durante una breve décima de segundo.

Escondido en una depresión del terreno poco profunda, había un hombre. Con suficiente luz, se le habría visto alto, delgado pero no débil, de facciones enérgicas y angulosas, cabello negro, cortado a escuadra y ojos obscuros en los cuales brillaba la decisión y la firmeza. Vestía un traje de una sola pieza, negro como la noche que le rodeaba, de cuyo cinturón, del mismo color, pendía una pesada pistola radiónica.

Estaba acuclillado en el suelo, junto a una caja cuadrada de unos treinta centímetros de longitud por veinte de anchura y otro tanto de grueso. En la superficie de la misma había una serie de diales y controles que el hombre manejaba con absoluta seguridad, a pesar de no ver ninguno de ellos.

Súbitamente, un puntito rojo, mucho menor que la brasa de un cigarrillo, se encendió en la tapa de la caja. El hombre tomó un amplio paño negro que había dejado previamente en el suelo a su lado y se lo echó por encima, cubriéndose totalmente.

Sucesivamente, otros puntitos encarnados se encendieron. Los

labios del hombre se movieron en silencio, contándolos detenidamente.

— ¡Once! — exclamó, tras un momento de atenta observación—. Falta Yussupov. Esperemos unos minutos todavía.

Pasaron uno o dos minutos. El sonido de unos pasos, amortiguados por unas espesas suelas de plástex, llegó a sus oídos. El hombre se despojó de la capa, arrojándola sobre la caja.

Una silueta apareció ante él, arrojándose al fondo de la excavación. El recién llegado jadeaba.

— ¿Número? — preguntó el primero.

—Siete. Susline.

—Bien. Tiéndete en el suelo.

—De acuerdo, capitán.

—O.K., capitán.

Transcurrió otro minuto. En el siguiente, tres hombres más llegaron, todos los cuales dieron su número y su nombre. Los reflectores continuaban barriendo el cielo.

Alguien rio en tono bajo.

—Tienen miedo.

—Silencio— dijo el hombre a quien le habían llamado capitán.

Sucesivamente, más sombras fueron incorporándose al grupo. El capitán contó hasta once.

—Falta Yussupov—dijo en tono bajísimo, apenas audible—. El número nueve. ¿Alguno de vosotros lo ha visto?

Ninguno contestó.

—Esperaré cinco minutos más—dijo el capitán —. Si pasado ese plazo no ha aparecido, tendremos que irnos.

—Ha podido ser hecho prisionero — sugirió Marchetti, número Cinco.

— Ya sabríamos la respuesta — contestó el capitán, volviendo a arrojar una nueva y cautelosa mirada a la caja de control.

—Es cierto — murmuró el número Once, MacRain.

Más silencio. Transcurrieron tres minutos, largos, tensos, agónicos.

—Queda un minuto tan sólo. Seguir aquí esperando sería una locura. Sólo puedo concederle sesenta segundos.

—Estamos de acuerdo, capitán — dijo el número Tres, Bauer—. Todos sabíamos a lo que nos exponíamos cuando nos unimos a ti.

El capitán asintió. Tenía la vista fija en el segundero de su

cronómetro. Fijándose con atención, podía divisarse un tenue resplandor verdoso en sus facciones, reflejo de la esfera de la máquina.

La aguja llegó al número sesenta.

—Hay que actuar ya — dijo al cabo, y volvió a cubrirse con la capa.

Permaneció un par de segundos, contemplando los once controles encarnados. El noveno, apagado, ponía una solución de continuidad en la hilera de puntos encarnados.

«¡Lástima!, pensó el capitán, habrá sufrido un accidente. Pero es raro, porque a estas horas ya tenía que haber habido alguna reacción de la soldadesca que guarnece el astropuerto. ¿Qué diablos le habrá sucedido?»

Debajo de cada botón encarnado había otro, saliente, de color mate. Con súbita decisión, el índice del capitán fue oprimiendo, uno a uno, los segundos, siguiendo el orden preestablecido, de izquierda a derecha.

La tierra tembló, eruptando un volcán de fuego a lo alto. Una horrísona detonación conmovió la atmósfera con su fragoroso estampido.

Pero el capitán no se molestó siguiera en contemplar el resultado de los estallidos que estaba provocando con el control remoto que tenía en las manos. Su dedo continuaba presionando sin interrupción los botones que desencadenaban la combustión de los poderosos explosivos que destruían implacablemente, en medio de un infierno de fuego y humo, las construcciones más importantes del astropuerto.

Oprimió también el botón número nueve, por si Yussupov hubiera podido colocar su carga explosiva. Pero el intervalo entre los estallidos octavo y décimo fue lo suficientemente perceptible para desechar toda ilusión en tal sentido.

Oprimió los dos botones restantes.

Cuando hubo terminado, dio media vuelta a una llave y los puntos verdes, que habían adquirido este color a medida que se iban produciendo las explosiones, se extinguieron. Por unos instantes, se recreó contemplando la escena de destrucción que acababa de provocar.

Una altísima torre metálica, en la cual había instalado un racimo de proyectores, se inclinó a un lado, con horrible lentitud primero y aceleradamente después, hasta estrellarse en el suelo unos segundos más tarde. En el lado opuesto, la techumbre de un barracón, destinado a control de vuelo espacial, bajaba lentamente después de haber subido a un centenar de metros como consecuencia de la

expansión de los gases.

Frente a ellos, un enorme edificio ardía furiosamente. En el lado opuesto, una serie de sordas detonaciones, seguidas de gigantescas columnas de llamas verdes y azules que subían a enorme altura, indicaban la explosión de los depósitos de combustible primario para las cosmonaves. Por cualquier sitio a donde se tendiera la vista no se advertía otra cosa que fuego y destrucción.

Varias sombras, diminutas a causa de la distancia, corrían alocadamente de un lado para otro, tratando de huir de aquel infierno de fuego en que se habían convertido el conjunto de edificaciones del astropuerto. Un reflector enfocó hacia ellos su poderoso haz de rayos luminosos, pero apenas lo había hecho algo estalló frente a él, apagándolo con sonoro chasquido.

A dos kilómetros de distancia, una astronave alzó el vuelo, dejando tras sí una gruesa columna de gases deflagrados. El chorro se apagó de repente, cuando el aparato estaba a unos trescientos metros de altura, y la nave cayó con un estampido semejante al de cien cañones disparados a la vez.

La confusión era espantosa. Por algún sitio sonaba un claxon llamando a la guardia del campo. Los soldados iban y venían alocadamente, en furiosas carreras que carecían por completo de sentido alguno. Nadie se entendía y nadie, tampoco, podía evitar la destrucción que estaba arrasando el Astropuerto General de Plation, planeta capital del Sistema de Capella.

El capitán sonrió, satisfecho de su labor.

—Bien, muchachos; aquí ya no tenemos nada que hacer. Dispersaos y, dentro de dos días, ya sabéis, a la hora de la cena, en el «Estrella Negra».

Hubo varios murmullos de asentimiento, y después, aquellos hombres se alejaron, uno a uno, esparciéndose tan en silencio como habían venido. El capitán se quedó solo.

Cuando esto hubo sucedido, tanteó a ciegas los controles de la caja. Tocó una pequeña llavecita y le dio media vuelta, arrojando acto seguido su capa sobre la misma. Encorvado, para no hacerse visible al sobresalir del borde de la pequeña depresión, se alejó de allí, en tanto la caja de control se iba consumiendo lentamente por sí misma, sin dejar ningún rastro de luz o de humo que pudiera delatar su presencia en aquel lugar.

* * *

¡¡LA GUERRILLA NEGRA

ATACA DE NUEVO!!

> *Los hombres del capitán Hayes asaltaron anoche el Astropuerto General, volando, en un golpe lleno de audacia, las instalaciones principales del mismo, entre las que se cuentan los postes de subradar, depósitos de combustible primario, comunicaciones internas y externas y, en fin, la mayoría de las más importantes construcciones. Afortunadamente, las víctimas no fueron muy numerosas ni tampoco ninguna irreparable, lo cual atenúa un poco las consecuencias del salvaje acto. Pero el hecho no es éste, sino que, inmediatamente, el hombre de la calle se formula una premisa, que nosotros subscribimos, aguardando la oportuna respuesta:*
>
> *— ¿Qué hace nuestro Jefe de Policía...?*

El aludido en aquel reportaje televisado, alargó la mano y, con gesto colérico, cerró de pronto la transmisión.

Se puso en pie. Era un individuo alto, delgado, de nariz y pómulos prominentes, con el cabello cortado casi al rape. A caballo de su aquilina nariz se divisaban dos ojos de color muy claro, tanto, que casi no parecían existir, pero que cuando miraban infundían espanto y temor en quien tenía que soportar su escrutadora inquisición. Vestía una larga túnica de color metálico y se calzaba con unas livianas y silenciosas sandalias de gruesa y acolchada suela.

Se paseó nerviosamente durante unos minutos, recorriendo a grandes zancadas la amplia habitación en que se encontraba. Sí, era el Jefe de Policía, no sólo de Plation, sino también de todo el Sistema, y aunque había luchado implacablemente contra los guerrilleros, derrotándolos en la mayoría de las ocasiones, había una partida contra la cual sus fuerzas no habían conseguido nada: precisamente la llamada Guerrilla Negra, al frente de la cual se hallaba el audaz capitán Lester Hayes.

El periódico tenía razón. Había que hacer algo, pero ¿qué?, si Hayes era completamente desconocido para todo el mundo, excepto para sus más leales secuaces. Nadie había visto su cara jamás, nadie le conocía, pero todo el mundo sabía de sus increíbles hazañas. Y siempre, después de cada una de ellas, había tenido la fanfarronada, humorística u odiosa, según se mirase, de dejar alguna señal que identificase el golpe asestado como ejecutado por su partida. Lo mismo que la noche anterior en el Astropuerto General, el lugar más vigilado de todo Plation y al que nadie hubiera creído fuera Hayes capaz de acercarse.

Sus amargas cogitaciones fueron interrumpidas por la entrada de un individuo.

— ¿Qué quieres, Zatos?— preguntó el jefe de Policía abruptamente.

—Dispénsame, señor — contestó humildemente el recién llegado —. El Director ha convocado un consejo para dentro de una hora y se requiere tu presencia allí.

—Muy bien, iré—-dijo el Jefe, y como viera que el otro no se movía, le preguntó—: ¿Qué más, Zatos?

—Señor, ahí fuera hay un individuo que quiere verte.

—No recibo a nadie y tú lo sabes. ¿Por qué no le has echado a patadas?

Zatos sonrió maliciosamente.

—No se puede obrar así con alguien que viene a hablarte del capitán Hayes, señor.

El rostro del policía se coloreó vivamente.

— ¿Hayes? ¿Por qué no le has hecho pasar inmediatamente? ¡Pronto, estúpido, tráemelo aquí en el acto!

Zatos se inclinó.

—Tú me mandas, señor.

* * *

Había una docena de hombres, todos ellos vestidos con una túnica de diferente color, que indicaba la sección que desempeñaban, sentados en torno a una amplia mesa de forma circular. Todos los asientos estaban ocupados, excepto uno, el situado en la cabecera de la mesa, y mientras llegaba su ocupante, los demás hablaban y charlaban entre sí de temáis indiferentes.

—Parece que el Director se retrasa — dijo alguien, con tono socarrón.

Otro de los presentes se echó a reír.

—Es lógico. ¿Has visto alguna vez que sea puntual?

—Pues...

Pero, en aquel momento, se abrió la puerta y aquella persona a la que llamaban Director, penetró en la estancia.

El Director era rubio, de ojos grises y tenía un tipo esbeltísimo, acentuado aún más por las ceñidas ropas de tejido de oro que vestía. No llevaba otra joya encima que una gruesa pulsera de diamantes, en la cual se había incrustado, acaso por error, un diminuto reloj, cuya esfera apenas visible estaba aumentada por una esmeralda pálida

tallada en forma de lente de incalculable valor.

Precisamente por ser mujer calzaba zapatos de tacón alto, sin amortiguadores. Los tacones repiquetearon unos instantes.

Todos los circunstantes se pusieron en pie con inequívocas muestras de respeto, saludando a la recién llegada con frases de cortesía. Ésta inclinó la cabeza unas cuantas veces y luego tomó asiento, ayudada servicialmente por el Jefe de Transportes Espaciales.

Hubo una pausa de silencio, en tanto que los ojos de la mujer recorrían, uno por uno, los rostros de los concurrentes. Al fin, dijo:

—Os he convocado aquí por pura fórmula, ya que, en realidad, esta entrevista debería haber sido sostenida entre Shado, nuestro Jefe de Policía y yo. Pero como miembros del gobierno que sois, debéis estar enterados de las resoluciones que se adopten en relación con el orden público del Sistema.

— ¿Te refieres, acaso, a las depredaciones de ese forajido a quien el vulgo conoce por el capitán Hayes, jefe de la Guerrilla Negra? — preguntó Iriam, Jefe de Comercio Interestelar.

—Exactamente.

—Sigue vivo y campando por sus respetos, sin que nadie sea capaz de echarle el guante — dijo Morfy, el Jefe de Comunicaciones —. Ha destrozado casi por completo todo el astropuerto.

—Lo sé — repuso ella fríamente—. Es el único guerrillero que sigue todavía en libertad. Tarde o temprano caerá, eso es indudable, pero necesitamos que sea lo más pronto posible. Lo de menos son las destrucciones y perturbaciones que pueda originar; esto es algo que se arregla fácilmente. Ahora bien, mientras siga libre, nuestro sistema correrá un peligro gravísimo.

— ¿Quieres explicarte, por favor? — preguntó Morfy, con interés.

—Es muy sencillo. La gente empieza a ver ya en él al héroe en lugar del bandido.

—Se está haciendo simpático, vamos — dijo Korass, Jefe de Alimentación.

—Exactamente. Y cuando un hombre de su calibre empieza a hacerse simpático al público, es peligroso meterse con él. Por eso opino, pues, que es necesario atraparlo cuanto antes.

—Nuestro jefe de policía podría, quizá, decirnos algo sobre el particular.

—Hay tantas cosas que decir acerca de Hayes

—Por supuesto — dijo el Director, en tono colérico —. Muchas cosas hay que decir del seudocapitán Hayes, pero ninguna buena. Y nosotros sólo queremos oír una: la noticia de su captura.

—Sería sensacional. Su captura y subsiguiente condena a muerte, quitarla a los posibles guerrilleros las ganas de intervenir en más provocaciones.

—Pues eso es lo que tienes que hacer, Shado. ¿Para qué ostentas el cargo que tienes?

Shado levantó los ojos, mirando oblicuamente a la mujer. Sonrió.

—Hoy me dedicaré por completo al descanso. Hay un deporte, no inventado precisamente en nuestro sistema, que me apasiona: el golf.

— ¡Golf! ¡Pasatiempo de estúpidos y ociosos!

—De ociosos, puede ser que sí, puesto que ya he dicho que todo el día de hoy lo voy a dedicar al descanso, entregando los asuntos más urgentes a mi secretario. Pero, estúpido...

—Por favor — dijo ella, interviniendo—, dejemos las palabras hirientes a un lado. Recordad que estábamos hablando de Hayes,

—Por eso mismo—-dijo Shado—, voy a reposar hoy. Me espera un dieciocho agujeros de magnífico aspecto y, la verdad, me conviene una buena caminata; estoy empezando a enmohecerme.

—Yo diría que está ya completamente oxidado — refunfuñó Morfy en tono lo suficientemente bajo para que no le oyera el susceptible Jefe de Policía.

—Hoy descansaré, como he dicho, pues me interesa hallarme en forma para el rudo trabajo que me aguarda mañana. — Se puso en pie y tendió una mirada circular en torno suyo. Concluyó con tajante acento—: Mañana, mi querido Director, estimados colegas, tendré el gusto de anunciar a la prensa la captura del jefe de la Guerrilla Negra, capitán Lester Hayes.

CAPÍTULO II



A «Estrella Negra» era una especie de taberna, situada en los barrios bajos de Ulyna la capital de Plation, que ninguno de los habituales recordaba haber visto cerrada jamás,

A cualquier hora que uno fuese por allí, podía tener la seguridad de que estaba en pie, para atenderle, el dueño de la taberna, Wumion, un gigantesco individuo, de piel pálida, como todos los oriundos del noveno planeta del sistema, Azhar, y cráneo rapado con navaja, cuya sola presencia infundía un respeto rayano en el pánico a los alborotadores que querían pasar de los gritos y las canciones báquicas a la acción. Nadie, en efecto, cualquiera que fuera la hora que acudiera a la «Estrella Negra» recordaba haber «visto a Wumion fuera de su lugar habitual en el local, un elevado sitial junto al principal, desde donde dominaba ampliamente toda la vasta extensión del establecimiento, sin perder, pese a su aparente expresión de atonía, ni un solo movimiento de los sirvientes y clientes, y presto a intervenir apenas veía que alguien rebasaba el tono habitual de la diversión.

La «Estrella Negra» tenía una curiosa disposición. No se veía una sola columna que ocultase la visión del escenario donde actuaban las variedades que entretenían a los clientes. La sala era un inmenso semicírculo, cuyo diámetro alcanzaba sobradamente los cincuenta metros de diámetro, y el pavimento estaba formado por cinco o seis escalones de gran anchura, de modo que el conjunto semejaba grandemente la disposición de un auditorio para música.

Pero en este auditorio no se observaba el recogimiento y el silencio que normalmente se advertía en los destinados a las audiciones de música pura. Había una cantante en el escenario, a la cual apenas si hacían caso los clientes de ambos sexos situados en las primeras filas de mesas. Los demás, charlaban, reían y se divertían, cantando a veces canciones de letra impublicable, en tanto que ingerían enormes cantidades del rojo vino platiniano, de escaso valor alcohólico, pero de delicioso sabor, lo que hacía mucho más agradable su consumo.

En un rincón del establecimiento, sentado ante una larga mesa en la que se veían cuatro altas botellas llenas de vino, había un hombre,

fuerte, delgado, de tez tostada y cabellos obscuros, en el cual destacaban, como una nota de contraste cromático, las pupilas azules de sus ojos. Había tres o cuatro hombres más con él, bebiendo en silencio y con moderación, observando el abigarrado espectáculo que se les ofrecía a la vista.

Llegaron otros dos hombres que se sentaron con indiferente gesto a la mesa, después de haber murmurado unas palabras de saludo. Poco más tarde, llegó otro.

Un cuarto de hora después, había allí doce hombres, bebiendo tranquilamente. Alguno de ellos, con el brazo echado por encima del hombro de su vecino, canturreaba en tono bajo. El resto charlaba y reía con moderación.

A la misma hora, un atóbil se detenía a unos cien metros de distancia de la taberna, en una callejuela poco concurrida. Plation era una ciudad de grandes contrastes y, mientras en la zona nueva el lujo era hasta irritante, en la parte baja reinaba la pobreza e incluso la miseria.

Una mujer, alta, esbelta, envuelta en una capa negra que le llegaba hasta los pies, salió del atóbil, cerrando silenciosamente la portezuela. Se cubrió la cabeza con la capucha y echó a andar.

A veinte metros, dobló una esquina, saliendo a una calle un poco más ancha, cuyo centro estaba iluminado por un enorme farol de vidrio blanco, en cuyo centro se veía una estrella negra. El ruido de las risas, música y canciones, salía por la puerta abierta de la taberna.

La calle estaba completamente desierta, a excepción de algún transeúnte que iba o venía de la taberna. Ni un solo guardia se hubiera atrevido a patrullar por aquel barrio, a menos de ir acompañado por cincuenta más, todos armados con pistolas radiónicas y escoltados por un par de carros blindados.

La mujer caminó rápidamente, pisando con seguridad, en dirección al establecimiento.

De pronto, un individuo salió del mismo, tambaleándose como consecuencia de un exceso alcohólico.

Los turbios ojos del bebedor divisaron la silueta de la mujer. Describiendo eses, se acercó a ella, al mismo tiempo que alargaba los brazos.

— ¡Qui... quítate esa... esa capucha, her... hip... hermosa! ¡Quiero... quiero verte el... el rostro... tan... tan lindo que...!

Ella hizo un gesto de repugnancia al sentir en su cara la fétida tufarada del aliento del borracho. Hizo un gesto como para escapar del alcance de sus brazos, pero el beodo le interceptó el paso.

— ¡Hip... no... no tengas tanta... tanta prisa, hermosa! ¡Yo... yo soy un un ena... enamorado de la belleza y...!

La mujer metió la mano en un bolso de piel negra que llevaba pendiente del brazo izquierdo. Sacó algo que brilló bajo la luz del farol.

— ¡Eh! ¿Qué diablos...? — gruñó el borracho, súbitamente despejado.

Pero no pudo continuar. Un objeto duro, pesado, cayó sobre su frente produciendo un sordo chasquido. El beodo cerró los ojos, emitió un agónico suspiro y se derrumbó de bruces.

Ella lo miró un segundo con aire indiferente. Después, rodeando el cuerpo tendido, siguió adelante. Sin embargo, no caminó muchos pasos más.

Se detuvo a una docena de metros de la puerta abierta, por la cual salía un torrente de luz y estruendo. Allí había otra puertecita, más pequeña y sin iluminación de ninguna clase, en la que llamó con los nudillos.

Pasaron unos segundos. La puerta se abrió, dejando ver un estrecho y tenebroso pasillo, apenas iluminado. Un individuo, alto y fornido, apareció en el umbral.

— ¿Qué quieres? Wumion tiene el cupo completo de artistas, de modo que ¡lárgate!

Ella no contestó, al menos de momento. Metió la mano en el bolso y extrajo un par de monedas que puso en la mano del esbirro. Éste las miró, estupefacto.

Las monedas eran dos zafiros blancos, de forma circular, rodeadas por un grueso anillo de oro. En la piedra estaba grabado el sello del gobierno en una cara, en tanto que en la otra se veía la cifra mil, impresa en bajo relieve.

— ¡Busca a Wumion y dile que quiero hablarle! ¡Inmediatamente y a solas!

El tono enérgico de la mujer impresionó al esbirro tanto o más que la pequeña fortuna que ella acababa de ponerle en las manos. Se echó a un lado y se inclinó.

—Sí, mi señora. Pasa, por favor.

Ella cruzó el umbral, altiva y orgullosa, pero procurando en todo momento que la capucha siguiera ocultándole el rostro. Caminó por el lúgubre corredor, hasta que el individuo se detuvo ante una puerta, que abrió con servil obsequiosidad.

—Pasa, señora. Wumion vendrá dentro de unos momentos.

Ella penetró en la habitación, amueblada con un lujo que el

cochambroso corredor no hacía sospechar tan siquiera. Había una mesita con servicio, de licores, pero no se le ocurrió probarlos tan siquiera.

Permaneció allí en pie, rígida e inmóvil como una estatua, hasta que oyó el rumor de unos pesados pasos que se acercaban. Entonces, sus manos se movieron velozmente.

La puerta se abrió y Wumion penetró por ella. Toda expresión de indolencia había desaparecido de su rostro.

— ¿Qué quieres? — dijo con bronco tono.

Ella se volvió, echando la capucha hacia atrás y dejando ver una áurea cascada de sedosos cabellos.

Wumion respingó.

—Si se trata de una broma... — mascculló al ver el antifaz que tapaba por completo el rostro de la desconocida, dejando ver únicamente unos labios perfectos, rojos y llenos de sangre y vida.

—No es ninguna broma, Wumion — contestó ella, con suave tono —. Tampoco es la primera vez que una cantante actúa detrás de un antifaz, ¿verdad?

—Desde luego— contestó el dueño de la «Estrella Negra» —. Pero yo siempre he conocido su identidad.

—Ahora no sabrás quién soy, Wumion. Voy a cantar esta noche en tu escenario, pero no quiero que puedas identificarme, ¿estamos?

—Y si viene la policía, ¿qué diablos le digo? ¿Tienes ganas de que Shado me envíe a la Rueda por infringir las leyes?

Una débil sonrisa se dibujó en los labios de la desconocida.

—Si por cada ves que has infringido la ley, te hubieran tenido que enviar a la Rueda, Wumion, tu nombre y el de tu taberna se habrían borrado ya del recuerdo de la gente.

—Me estás insultando — dijo el gigante con falso orgullo.

— ¡Bah! No me hagas reír. Ni tampoco perder el tiempo. Tú y yo sabemos perfectamente el calibre de tipo que eres y las cosas que aquí se hacen con tu consentimiento. Quiero cantar, de modo que inmediatamente me vas a anunciar a tu público.

— ¡Estás loca! Si piensas que puedes intimidarme, diciendo cosas de mí que son todas una burda fábula, te aseguro...

Ella no contestó de momento. Dio dos pasos hacia adelante y acercó sus labios a la oreja de Wumion, hablándole durante treinta segundos con un inaudible bisbiseo.

Treinta segundos más tarde se retiraba, sonriendo triunfalmente al ver el color ceniza que había adoptado la cara del individuo.

Wumion temblaba como un azogado.

—Pero... pero tú... tú no irás a denunciarme, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Y no quiero tampoco que sufras ningún quebranto económico. Ahí tienes, como compensación— dijo, extrayendo del bolso una docena de monedas de zafiro y oro.

Wumion miró aquella suma con ojos desorbitados. Sólo las personas de muy elevada dignidad o inmensamente ricas se atrevían a utilizar las monedas de mil «garants», y esto muy de cuando en cuando, ya que el valor del «garant» como unidad de moneda era muy elevado. ¡Y aquella mujer le regalaba doce mil como sí nada, solamente por cantar unos minutos en su sala!

«Está loca, no cabe duda», reflexionó para sí, en tanto se inclinaba.

Le preguntó:

— ¿Cómo quieres que te anuncie, señora?

Ella se encogió de hombros, al mismo tiempo que soltaba el broche de gemas que sostenía la capa. La arrojó a un lado, dejando ver la lechosa maravilla de sus hombros, prolongados en unos brazos esculturales, enfundados hasta más arriba del codo en sendos guantes negros.

Wumion la contempló maravillado. Jamás, en su larga carrera de negociante sin escrúpulos, había tenido frente a sí una belleza semejante.

El vestido que llevaba la desconocida era negro, desde el escote que dejaba los hombros desnudos, hasta los pies, ceñido a su cuerpo como una segunda piel, liso, sin ningún adorno, ni añadido, abierto a partir de la rodilla izquierda, lo que dejaba ver un pie de perfecto trazado, calzado con unos zapatos de altísimo tacón. Como única joya llevaba una ancha pulsera de oro en la mano izquierda. Nada más.

Pero era suficiente. Wumion silbó por lo bajo.

Ella sonrió, íntimamente halagada.

Dijo:

—Me llamarás la Desconocida de Negro. Así me anunciarás... para el próximo número.

Wumion tragó saliva.

— ¿Y... y qué vas a cantar?

Ella le dio varios títulos, todos ellos de canciones muy conocidas.

Wumion se inclinó.

—Saldré para prevenir a los músicos. Espera aquí, señora.

Ella asintió. Cuando se hubo quedado sola, sacó un largo tubito blanco y se lo puso en la boca, arrimándole un fósforo. Aspiró el humo del tabaco con visible placer.

En la mesa del capitán Hayes, la cosa continuaba igual. Eran los más normales de los concurrentes, pese a que el vino comenzaba a hacer sus efectos entre algunos de ellos. Sin embargo, todos tenían la suficiente lucidez para saber que, en las condiciones de vida en que se desenvolvían, no les convenía hacer ningún exceso de ninguna clase, por lo que la actitud que observaban era más para acomodarse a las condiciones de los demás clientes del local que porque realmente necesitasen beber y divertirse.

Súbitamente, el ruido se atenuó. Lester Hayes y sus compañeros miraron hacia el escenario, en el que acababa dé aparecer Wumion, el propietario del local.

Wumion levantó, los brazos al aire, dos miembros que más parecían troncos de árbol, y gritó:

— ¡Señoras y caballeros! ¡Amigos todos! ¡Todos vosotros me conocéis y sabéis que yo sólo procuro vuestro bienestar...!

— ¡A cambio de nuestros sólidos «garants»! —farfulló un patoso, interrumpiéndole. Se puso en pie y prorrumpió en denuestos contra Wumion.

Éste levantó una ceja. Fue suficiente.

Dos fornidos camareros se arrojaron sobre el beodo y, tomándole en brazos, en medio del jolgorio y la algazara de los circunstantes, se lo llevaron hacia la puerta, desapareciendo con él.

El ruido se calmó de nuevo. Wumion prosiguió.

—Decía, pues, que es vuestra diversión la que me preocupa. Y como no quiero reparar en gastos para ofreceros lo mejor que hay actualmente en todo el sistema, os voy a presentar a la mejor cantante de la Galaxia. Es una mujer bellísima, pero quiere mantener el incógnito por razones... — y Wumion guiñó un ojo picarescamente—. Bueno, ¿qué nos importan a nosotros sus razones, si sabe cantar como una sílfide?

— ¡Las sílfides bailan, no cantan, bruto!—gritó alguien, provocando una catarata de risas.

— ¿Qué sabes tú, ignorante?— dijo Wumion, muy enojado—. ¿Acaso has visto alguna vez una sílfide?

—Sí, ¡tú! — contestó el gracioso, en medio de otra tempestad de risas. No había nadie que no riera pensando en lo que podría hacer Wumion moviendo su paquidérmico cuerpo al son de una danza clásica.

—Bueno, pues entonces, canta como los ángeles. Y no me digáis que no los he oído cantar nunca, porque a ella sí la he escuchado. ¡Y es un auténtico ángel!

Wumion hizo una corta pausa para aumentar la expectación. Luego dijo:

— ¡Amigos, la Desconocida de Negro!

La mujer salió al escenario en medio de un tenso silencio. Saludó con una leve inclinación de cabeza y entonces fue cuando se desencadenó un torrente de aplausos.

Ella levantó graciosamente las manos para imponer silencio. Lo consiguió y acto seguido, tras unos compases de introducción de la orquesta, comenzó a cantar.

Su voz suave, cálida y aterciopelada, de tonos graves, llenó fácilmente el vasto ámbito del local. Su canción hablaba de amor y de muerte, de odio y de venganza, y fue escuchada con un religioso silencio por todos los concurrentes, que se rompieron las manos apenas hubo concluido.

Todos querían volver a oírla.

Volvió a cantar de nuevo, seguida con impresionante silencio por los espectadores. Ahora descendió del escenario y fue recorriendo las mesas, en dirección diagonal, al mismo tiempo que ascendía gradualmente los largos peldaños del pavimento que componían el local.

Llegó a la mesa del capitán Hayes poco antes de terminar su canción. Se apoyó con una mano en ésta y concluyó su canción, sin dejar de mirarle fijamente a través del antifaz.

Los aplausos parecieron un largo trueno.

Cuando terminó, hizo ademán de marcharse, pero la mano de Hayes la detuvo, asiéndole con fuerza de la muñeca. Ella se volvió.

—Suéltame, ¿quieres? — dijo esforzando un poco la voz, pues los aplausos formaban un trueno ininterrumpido.

Hayes se puso en pie, sin soltarla, a pesar de todo.

—Prométeme que tomarás con nosotros una copa. Sólo una. Después, te dejaré ir.

Ella sonrió.

—De acuerdo— dijo, y los restantes guerrilleros se apretujaron para hacerle sitio.

Casi antes de que pudieran hablar, dos camareros llegaron, portadores cada uno de ellos de dos cubos con hielo y sus correspondientes botellas. Un tercero llegó con una bandeja llena de copas, que distribuyó estratégicamente en la mesa.

El primer camarero sacó una botella y la alzó orgullosamente.

—Wumion se sentirá muy honrado si le aceptan una copa de champaña. Es terrestre — y al pronunciar las últimas palabras, se inclinó hacia adelante, enseñándole la etiqueta al capitán Hayes.

Éste sonrió, pero sólo con los labios. Escrito a lápiz, con gruesos caracteres, se veía una palabra, una tan sola, pero suficiente, sin embargo, para ponerle en guardia.

¡CUIDADO!

El camarero retiró la botella, al mismo tiempo que la envolvía en una blanquísima servilleta. Sonó el primer taponazo.

Hayes levantó la copa, llena del burbujeante líquido.

—Por la cantante más bella y de mejor voz que jamás ha oído nadie — dijo.

Ella sonrió.

—Gracias, eres muy amable. Pero... no he oído tu nombre.

—No lo tengo — rio él—. Yo también soy un «desconocido».

La mujer dejó de sonreír.

— ¿De veras? ¡Qué interesante! Sin embargo, estoy segura de que yo adivinaría tu nombre con toda facilidad, si tú me lo permitieras, naturalmente.

Él dijo:

—Por supuesto. ¿De qué modo?

Ella dejó la copa a un lado, expectantemente contemplada por el resto de los guerrilleros.

Pidió:

—Déjame tu mano, «desconocido».

— ¿Eres adivina? — accedió él, sonriendo.

—Pasiblemente — contestó ella, en tono intrascendente, fingiendo no haber observado la sacudida eléctrica que acababa de estremecer al capitán cuando sus dedos se tocaron.

Habló lentamente:

—Aquí dice que... eres valiente, audaz, inteligente...

—Si no fueras tan joven, diría que eres mi abuelita, «desconocida» — rio él.

— ¿Qué edad me calculas?

—Oh, pues, unes veintisiete o veintiocho años.

—Erraste por uno, «desconocido».

— ¿En más o en menos? — preguntó él.

Pero ella no le contestó. La sonrisa acababa de borrarse de sus labios.

—Las líneas de tu mano me dicen que te amenaza un peligro gravísimo, inmediato, capitán Hayes.

CAPÍTULO III



ARECIÓ como si una campana de vidrio hubiera aislado el grupo del resto de la concurrencia, envolviéndolo en un total y tirante silencio.

Durante unos segundos, Hayes y la «desconocida» se miraron fijamente, intentando él taladrar las intenciones que se escondían tras aquellas pupilas de magnético resplandor.

Ella sonrió al cabo.

Uno de los guerrilleros soltó un juramento. Echó mano al puñal que llevaba pendiente del cinturón, pero Hayes le contuvo con un seco gesto.

— ¡Quieto, Arim!

La «desconocida» intentó retirar su mano. Pero la del capitán se la aprisionó con fuerza.

— ¿Quién eres tú? — inquirió secamente.

—Una mujer — repuso ella, con una risita—. ¿O no lo estás viendo?

— La figura externa así lo parece — murmuró Hayes—. Pero el interior puede ser el de un demonio.

—Quizá —dijo ella con indiferencia,

—Parece que estás muy enterada de las cosas, mujer.

—Quería conocer al nombre que estorba a diario el plácido sueño de los hombres de la Guardia Azul de Morgana.

— ¿Y ya lo has conocido?

—Sí, puesto que lo tengo delante.

— ¿Cómo puedes afirmar con tanta seguridad que soy ese famoso capitán Hayes?

—Mejor sería que nos dijera cuál es el peligro que nos acecha, capitán —- farfulló uno de los guerrilleros.

—Todo se andará, MacRain — dijo apaciblemente Hayes. Luego volvió a mirar a la mujer—. ¿Cómo sabes que soy yo?

Ella retiró su mano, sin oposición.

— ¿Qué importa? ¿Es que me lo vas a negar? Sé que lo eres; eso es lo interesante.

— ¿Pára quién? ¿Para ti o para mí?

—Para los dos, capitán.

—Explícate mejor, «desconocida».

—No puedo decirte más. Te acecha un peligro inmediato, gravísimo. ¿Acaso no tienes bastante?

Un guerrillero se puso en pie, inclinando el busto a través de la mesa.

—Es suficiente, capitán. Sea corno sea, larguémonos de aquí.

—Calma, Kovac — repuso aquél —. Antes me gustaría saber una cosa.

— ¿Qué es ello? — preguntó la cantante.

—Quiero verte el rostro. Me parece que lo he visto en alguna parte, pero, por más que me esfuerzo, no puedo recordarte.

—Es la primera vez que actúo en público.

—Di mejor en el «Estrella Negra».

Ella se encogió de hombros.

—A tu gusto, capitán. Pero eso que me pides es un imposible.

— ¿Estás segura? — dijo él, burlón; y de súbito, alargó la mano en dirección al rostro de la mujer.

Pero no llegó a tocar el borde de la máscara.

Alguien lanzó un fuerte grito.

Las conversaciones y la música y las risas se acallaron instantáneamente al oír aquella voz.

— ¡Todo el mundo en sus sitios! ¡Que nadie se mueva! ¡Revisión

de tarjetas!

Alguien lanzó una sonora maldición.

Un torrente de soldados, vestidos todos ellos con un traje de una sola pieza, de color azul, portadores de sendas pistolas radiónicas, se desparramó por el local, al mando de un capitán, en cuyas hombreras se veía brillar la plata de los emblemas de la Guardia de Morgana.

El silencio se hizo en el acto. Hayes crispó las manos.

Uno de sus hombres trató de echar mano a un objeto que llevaba escondido bajo las ropas.

— ¡No! — dijo el jefe de los guerrilleros—. Mostrad las tarjetas; cualquier cosa menos hacernos sospechosos. Tranquilidad y calma, eso es lo que nos interesa ahora.

Alguno refunfuñó entre dientes, en tanto veía a los soldados recorrer las mesas y examinar la documentación de los asistentes. De vez en cuando, un individuo era tomado entre dos de los guardias y sacado al exterior, sin prestar oído a sus protestas.

Lenta pero seguramente, una doble fila de soldados que aproximándose a la mesa que ocupaban capitán y sus hombres, La «desconocidas» estaba sentada a la cabecera, de espaldas a la pared.

Un sargento, con aire insolente, llegó frente a ellos.

—Tu tarjeta, ciudadano — dijo con aire provocador.

Hayes la sacó y se la entregó.

El guardia fingió leerla. Luego se la guardó en el bolsillo de la cazadora.

—Tienes que venir conmigo. Y tus hombres también.

Por un instante, el joven pensó en acceder a la petición del sargento. No era la primera vez que le sucedía tal cosa. Una noche en un puesto de guardia y al día siguiente a la calle.

Pero ahora la cosa era muy diferente. En primer lugar, sólo se había examinado una tarjeta: la suya. Y, en segundo, el sargento había dejado escapar una frase imprudente. «Y tus hombres también». ¿Cómo podía saber que aquellos once individuos que le acompañaban eran «sus hombres»?

No había más que una explicación posible; los guardias habían ido allí a tiro seguro.

Hayes no se entretuvo a pensar cómo había sido descubierta su identidad. Había vivido demasiado azarosamente en los últimos tiempos para no haber aprendido a conjugar perfectamente sus pensamientos con la acción de los músculos.

La fila de soldados se acercó, lenta, ominosamente.

Se puso en pie.

—Muy bien, sargento. ¡Ahora mismo!

Tenía las manos bajo el borde de la mesa y la levantó bruscamente.

Los hombres del guerrillero estaban bien adiestrados y no necesitaban de ningún estímulo para lanzarse a la lucha. Incluso uno o dos de ellos se dieron cuenta de lo que pretendía su jefe y unieron sus esfuerzos a los de Lester.

La larga mesa saltó por los aires, cogiendo debajo a una docena de desprevenidos guardias, entre ellos al sargento, los cuales rodaron por los suelos, emitiendo agudos alaridos de dolor y sorpresa, mezclados con rudas interjecciones.

— ¡Larguémonos de aquí, muchachos!

Hubo un movimiento de reflujo entre la bravía concurrencia del local. La Guardia Azul de Morgana, tenía muy pocas simpatías y aunque no pudiera decirse que Hayes era el héroe favorito de los piatinianos, cualquier individuo perseguido por los Azules caía de inmediato bajo el afecto de los broncos concurrentes al «Estrella Negra».

— ¡Capitán Hayes! ¡Capitán Hayes!—aulló un guerrillero, enarbolando el grito como una bandera de guerra.

El entrenamiento de los guerrilleros era magnífico. Todos ellos sabían lo que tenían que hacer en un momento de emergencia como aquél y sabían también que lo que pretendían los esbirros de Morgana era atraparlos vivos. Por otra parte, aunque todos ellos iban provistos de pistolas radiónicas, sabían que había numerosas personas inocentes en aquel lugar a las cuales podían causar graves daños las tremendas descargas de aquellas armas.

Un alarido colectivo acogió el grito del guerrillero. Mesas y sillas empezaron a volar instantáneamente por los aires.

Lester acogió con un formidable derechazo a un gigantesco Azul que pretendía echársele encima. Se necesitaba algo más que un simple puñetazo para abatirle, y el joven disparó su pie derecho.

El electo fue fulminante.

El guardia se dobló, boqueando agónicamente. Lester juntó ambas manos y las abatió sobre la nuca del individuo, quien se desplomó como fulminado por el rayo.

El interior del local era un espantoso pandemónium. Todos los concurrentes luchaban a brazo partido con los guardias, a pesar de los refuerzos que seguían acudiendo incesantemente. Mesas, sillas,

bancos, botellas, lámparas, toda clase, en fin, de armas improvisadas, volaban por los aires quebrando huesos, aplastando narices y tundiendo cráneos, en medio de los gritos de dolor o triunfo de los contendientes.

Lester saltó hacia la «desconocida», la cual se hallaba con la espalda pegada a la pared, contemplando el espectáculo, sin que en sus pupilas se advirtiera la menor señal de pánico.

Ella se puso la mano en el antifaz, indicando con el gesto su resuelta decisión de no permitir que se lo quitaran.

— ¡No temas, preciosa!—rio el capitán—. Ya averiguaré lo que quieres en otra ocasión. Ahora lo que deseo es...

Antes de que ella pudiera impedirlo, sintió que dos fuertes brazos la tomaban por el talle, impidiéndola la menor resistencia. El rostro de Lester se aproximó velocísimamente al suyo.

Cuando los rostros de ambos se hubieron separado, Lester rio.

—Jamás he besado unos labios tan dulces como los tuyos, «desconocida». Pronto iré en tu busca. ¡Hasta la Vista!

— ¡Apúrate, capitán! —le gritó Tharoyan, número dos, un gigantesco armenio de dos metros diez de estatura, rodeado por un espeso círculo de guardias que no acababan de decidirse a apresarlo.

— ¡Vámonos, muchachos! —gritó Hayes.

Derribó a un Azul y tomó una silla, levantándola en alto, al mismo tiempo que saltaba ágilmente sobre una mesa inmediata.

Un par de esbirros le saltaron encima. Lester los despachó, moviendo la silla en semicírculo. Luego se volvió por última vez.

Alzó la mano en un alegre ademán de saludo.

— ¡Hasta la vista, Desconocida de Negro! — gritó, y saltó al suelo.

Tharoyan inclinó la cabeza. Exhaló un mugido semejante al de un búfalo herido y arremetió contra los guardias que tenía ante sí, derribándolos con el solo empuje de su poderosa testa. El resto de los guerrilleros le siguió arrasando todo cuanto hallaban a su paso.

Derribaron aún a un puñado de Azules, en medio de los gritos de alegría y complacencia de la chusma, que seguía peleándose con los esbirros. Recorrieron el devastado local en contados segundos y al fin enfilaron la amplia puerta.

Un pelotón de guardias surgió entonces. Era ya tarde para frenar la carrera, por lo qué Hayes y sus hombres se aprestaron a ejecutar el último esfuerzo,

En aquel momento, y aun antes de que llegaran a tocarlos, los guardias, como obedeciendo a una orden dictada de antemano, se

separaron a ambos lados, dejando paso a los fugitivos.

El impulso de éstos era demasiado fuerte para que pudieran detenerse.

Lester receló instantáneamente. «Nos han tendido una trampa», pensó, justo en el instante en que franqueaba el umbral.

Por un momento pareció tranquilizarse, pensando que los guardias hablían actuado así por temor. La calle estaba tranquilizadoramente desierta y no se vela en ella el menor obstáculo que pudiera infundirles desconfianza. Salieron fuera.

Y cometieron el error.

En aquel momento, algo muy tenue y suave cayó sobre el grupo. Era apenas visible, pero sirvió para detener en seco la desaforada marcha de los guerrilleros, los cuales se encontraron de pronto trabados en un inextricable laberinto de hilos, tan finos como resistentes.

Los guerrilleros juraron y renegaron como posesos, al mismo tiempo que ejecutaban increíbles esfuerzos por desasirse de aquella red, cuyas mallas se hacían más y más estrechas por segundos. Lester creyó entender que a cada segundo que transcurría les arrojaban más capas de aquel sutil y apenas visible tejido, sin que pudiera divisar el lugar desde donde se lo lanzaban. Se debatió con todas sus fuerzas, pero, poco a poco, las ligaduras se fueron estrechando hasta impedirles toda clase de movimientos.

Entonces fue cuando, desde la obscuridad, surgió una sombra.

Los guerrilleros que podían hacerlo, por la posición en que habían ocupado, contemplaron al individuo con asombro, viéndolo vestido con un traje de una sola pieza, blanco de pies a cabeza, asomando los ojos únicamente a través de una delgada mirilla de vidrio.

El hombre llevaba en las manos un delgado tubo metálico, de unos sesenta centímetros de longitud por diez de grueso, en uno de cuyos extremos se veía una prolongación en forma de boca de riego por aspersión. Y, efectivamente, un chorrito de líquido vaporizado surgió al instante, cuando el individuo se hubo situado a la distancia conveniente.

Lester percibió un olor singular, suave, dulzón, que penetraba insidiosamente en la pituitaria.

— ¡Aguantad la respiración! —gritó.

La puerta de la taberna se deformó curiosamente. Onduló, torciéndose luego hasta voltear totalmente, quedando con el dintel abajo y el suelo arriba. Lester tardó un par de segundos en darse cuenta que era él el que había volteado, pero entonces sintió que la

conciencia le huía rapidísimamente.

* * *

— ¿Quién es vuestro jefe?

La pregunta fue acompañada por el chasquido del látigo.

La gruesa tira de piel de «dhadjinus», el rinoceronte de Plation, se enroscó en torno al tórax de Lester.

El joven se mordió los labios hasta hacérselos sangrar de dolor. Pero no contestó a la requisitoria.

Como todos sus compañeros, estaba en un sótano de gran amplitud, brillantemente iluminado por una serie de proyectores, cuyos haces de luz, a uno por prisionero, caían directamente sobre el rostro de cada uno de ellos, cegándoles con sus duros resplandores.

Había una larga viga de acero que cruzaba el sótano de lado a lado, en sentido longitudinal. Varias anillas, a trechos, pendían de la misma, y de cada una de ellas colgaba un guerrillero, suspendido por los pulgares de tal forma que las puntas de los dedos de sus pies rosaban el frío pavimento. Podían tocar el suelo pero no apoyarse en él totalmente, con lo cual el sufrimiento se hacía intolerable.

Y ya llevaban así varias horas, sufriendo un interrogatorio atroz, sin que ninguno de los pesquisidores hubiera podido obtener el menor resultado práctico.

Ei esbirro repitió la pregunta.

— ¡Vete al diablo!—-contestó Lester—. Yo soy mi propio jefe, si es eso lo que quieres saber.

Nuevamente entró en funcionamiento el látigo. El joven sintió que un cruel ramalazo de agonía le recorría el cuerpo de arriba abajo. Encorvó el cuerpo hacia adelante, pero todo fue inútil.

—Tenemos mejores medios para obtener la información que deseamos — dijo un individuo con galones de coronel de la guardia—. Hayes, dinos lo que sabes.

Lester le miró con ojos airados.

— ¿Qué quieres que te diga? Nosotros fuimos los que dimos el golpe al Astropuerto. Y el de la nave de aprovisionamiento de los puestos avanzados del sistema. Y los que lanzamos aquella emisión contra la tiranía de vuestro gobierno. Y... bueno, idos todos al infierno. No tenernos jefe alguno, sino es nuestras ansias de independencia. Somos terrestres, ¿te enteras? Queremos ser libres, no depender de Capella. Por eso luchamos contra vosotros. Lo demás...— y Lester concluyó la frase con un despectivo escupitajo en lugar de con palabras.

El coronel enrojeció mismamente. Levantó la mano y abofeteó el rostro del prisionero.

Tharoyan, el gigantesco armenio, lanzó un rugido de ira al ver la humillación a que era sometido su jefe. Sus poderosos músculos se tensaron, amenazando con hacer estallar la piel de sus brazos. Pero aun para un hércules corno él resultaban demasiado fuertes los cables de acero que le mantenían pendiente de la viga, pese a su aparente delgadez.

—Déjalo, Tharoyan —dijo Lester, con una sonrisa despectiva, aunque en su interior hervía la ira—. Déjalo que se desahogue; posiblemente, si nos hubiéramos encontrado cara a cara se habría desmayado de miedo al verme.

—Yo no he tenido jamás miedo de un tipo como tú, ¿te enteras? Pero te juro que hablarás, ya lo creo que hablarás. ¡Adelante! —aulló el coronel, retirándose para dejar paso al esbirro del látigo.

— ¡Quieto! —gritó en aquel momento una voz imperativa.

El esbirro suspendió el gesto.

Un individuo avanzó hacía el centro del sótano,

Lester guiñó los ojos, doloridos a fuerza de soportar el potente resplandor de los focos.

— ¡Vaya!— exclamó sarcástico—. ¡Pero si es mi viejo enemigo, el Jefe Shado!

Éste avanzó hasta situarse a un metro del joven.

—Capitán Hayes — dijo—, estas en mala situación y tú lo sabes.

El joven hizo un gesto de indiferencia.

—Lo único que sucede es que no podemos rascarnos las pulgas, ¿verdad, chicos?

Una tempestad de risotadas acogió las palabras de Lester. Sus guerrilleros, pese al sufrimiento que les causaba la forzadísima postura en que se encontraban, reían a coro.

El rostro de Shado se demudó.

—No he venido aquí para escuchar chanzas, sino para hacerte una proposición, capitán. La misma — añadió con negligencia —, que le hice a tu compañero Yussupov cuando vino a visitarme.

Lester lanzó un rugido de rabia, coreado instantáneamente por una sonora risotada del Jefe «te Policía.

—No lo sabías, ¿eh? Pues ya podías suponerte que tu aprehensión y la de tus compañeros se debía a alguna confidencia. Demasiadas veces te habías escurrido de entre los dedos, pero alguna tenías que caer. Y tu compañero Yussupov está disfrutando

ahora de los veinticinco mil «garants» de recompensa, más el grado de capitán de la Guardia Azul, más las delicias de una soleada playa en tu planeta. Bueno, esto un poco más tarde, cuando llegue a la Tierra. Y tú puedes hacer lo mismo... si quieres, coronel Hayes.

Shado subrayó deliberadamente la palabra «coronel» con el fin de que el joven pudiese comprender la insinuación que se le hacía.

Éste lo entendió perfectamente.

—Me haces tal proposición — contestó Lester—, con el fin de que traicione a alguien. ¿A quién, si nosotros obrábamos por nuestra cuenta? No teníamos jefe; nuestras acciones eran propias, sin nadie que nos las ordenase. Pierdes, pues, el tiempo, intentando averiguar algo que, te lo aseguro, es totalmente incierto.

—No hace mucho, los guerrilleros obrabais de común acuerdo—-sostuvo el Jefe de Policía.

Lester dijo, lentamente:

—Aquello ya pasó. Vosotros deshicisteis nuestra red. A propósito, un poco de agua no nos vendría mal. Tanto hablar le reseca a uno las fauces, palabra.

— ¡Cómo no!—exclamó Shado, levantando suavemente la mano.

Uno de los esbirros salió del sótano, volviendo a los pocos momentos con un gran vaso de cristal en las manos. El vaso estaba completamente lleno de agua.

Shado lo tomó.

—Me gusta tratar bien a mis prisioneros — sonrió Shado.

—Pero no cómodamente—-masculló el joven, un segundo antes de que el atormentador le aproximase el vaso a los labios.

Tomó un largo trago, pero apenas lo había hecho cuando escupió toda el agua que no había podido pasar de su boca. Sus ojos llamearon con ira.

— ¡Agua salada!—escupió, en tanto que Shado y los demás reían a carcajadas.

— ¡Vamos! —exclamó el Jefe de Policía con acento imperativo— ¡Habla de una vez o...!

Lester meneó la cabeza.

—-Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Haz lo que quieras; no pienso hablar ni una sola palabra más.

El coronel de la guardia se acercó obsequiosamente a Shado.

—Señor— dijo—, permíteme que yo me encargue de estos bigardos...

—No — contestó Shado pensativamente —. Con toda seguridad,

están solos. No tienen a nadie por encima de ellos. Además, estoy harto ya de oír hablar de ésta partida de granujas.

El coronel preguntó:

— ¿Qué piensas hacer?

Shado levantó la mano y en el mismo momento, un pelotón de soldados penetró con paso firme y acompasado en el sótano. Cada uno de los guardias, armado con su correspondiente pistola radiónica, ocupó su puesto, a unos tres metros de cada prisionero.

— ¡Adiós, capitán!—dijo el Jefe de Policía, levantando la mano.

Lester miró fijamente la boca de la pistola que le estaba apuntando. Cuando Shado bajase la mano, todo habría terminado.

— ¡Muchachos — gritó—, firmes! ¡Por la Tierra!

— ¡Por la Tierra! — gritaron todos a coro.

Shado inició la acción. Pero no pudo concluirla.

— ¡Alto! ¡Alto he dicho! ¡Bajad las armas!—gritó una vez fresca, enérgica, en un tono que nadie se atrevió a desobedecer.

CAPÍTULO IV



LEX YUSSUPOV miró con justificado orgullo los emblemas que adornaban sus hombreras. Tres pequeños círculos de plata, con una estrella del mismo metal en el central. Capitán de la Guardia Azul de Morgana. Sonaba bien el título. Y todo había sido tan fácil y tan

sencillo. Total, una entrevista con el omnipotente Shado, Jefe de la Policía, y ya estaba todo hecho.

Por un instante, el recuerdo de su felonía nubló el orgulloso brillo de su mirada. Aún recordaba el momento en que le fuera ordenada la voladura de una de las torres de la radio subespacial del astropuerto. Había llegado, si, hasta su objetivo, pero en lugar de colocar el explosivo y conectar el dispositivo de mando a distancia, lo había arrojado a un rincón, huyendo acto seguido hacia la ciudad.

El trueno de las explosiones le había perseguido y todavía, a veces, le parecía escucharlo, cuando se quedaba a solas unos momentos. Pero en seguida metía la mano en el bolsillo del pantalón y la movía, haciendo crujir los billetes que constituían parte del sólido botín que le habían entregado como recompensa por su traición.

Enderezó los hombros y franqueó el umbral de la «Estrella Negra». Sintió sobre sí el peso de las miradas de odio de la mayoría de los concurrentes, pero no hizo caso. Avanzó por entre las mesas, adelantando el mentón con gesto de desafío, hasta llegar si enorme mostrador, donde media docena de camareros se hallaban atareados sirviendo a la numerosa clientela.

Los clientes se apartaron presurosamente, huyéndole como a un apestado. Yussupov rio entre dientes.

—-¡Champaña! ¡Y terrestre! — ordenó, al mismo tiempo que, con gesto fanfarrón, lanzaba sobre el mostrador un áureo billete de cien «garants».

Alguien se le acercó, ondulando sinuosamente. Era una mujer, joven y esbelta, de cabello y ojos negros y sonrisa provocativa.

La joven le acarició los emblemas de las hombreras con la yema de los dedos.

—¡Hola, capitán! — dijo con voz suave—-. ¿No me invitas?

Yussupov había pasado demasiadas privaciones en los últimos tiempos para que no se sintiera instantáneamente atraído por la turbadora belleza de la muchacha.

— ¡Cómo no, hermosa! Te invito a una copa o dos o a cien. Las que quieras, ¿entiendes?

Ella rio argentinamente.

—-Eres, muy galante, capitán. Pero me basta con una copa. Dos, como máximo.

-—Mi nombre es Alex Yussupov. ¿Cómo te llamas tú?

—Edna, Alex.

—Parece un nombre terrestre — observó él.

—Mi madre lo era. ¡Pero yo soy plationita!, ¿te enteras?

—No me importa lo que seas, Edna, con tal de que... Bueno, me parece que aquí hay mucha gente y no puedo decirte todo lo que siento. ¿Por qué no buscamos un lugar más recogido donde podamos charlar en toda tranquilidad, a solas, alejados de esta chusma gritona?

— ¡Es precisamente lo que iba a pedirte, capitán!— inclinó la cabeza hacia adelante y Yussupov sintió una especie de vértigo al percibir el suave perfume que emanaba del cuerpo de la joven—. Ven conmigo, aquí hay reservados donde nadie nos molestará, ¿quieres? Siempre he deseado hablar con uno de los héroes que forman la guardia de Morgana. Creo que es muy hermosa, ¿verdad?

— ¡Psé! —dijo él con gesto negligente—. Mucho, creo, pero de ninguna manera tanto como tú, Edna.

—Me estás adulando, Alex.

—Digo siempre la verdad. Oye, y hablando de otra cosa, ¿dónde está...?

Ella le tomó de la mano,

—Ven conmigo.

Echaron a andar, no sin que Yussupov, al pasar, asiera por el cuello la botella que recién había sido colocada sobre el mostrador. Edna le guio por un dédalo de mesas hasta una puertecita situada en el lado contrario adonde, impasible como un Buda, estaba Wumion, el dueño del local.

Atravesaron un lóbrego corredor, negro y oscuro como boca de lobo. Yussupov sintió que, de pronto, un indefinible presentimiento le congelaba la saliva en la garganta, pero, haciendo un esfuerzo, consiguió deglutir.

Edna se detuvo ante una puerta que abrió. Yussupov respiró al ver la habitación brillantemente iluminada.

—Ven, entra—-dijo ella, con voz dulce e insinuante al mismo tiempo.

Apenas lo había hecho, unos fuertes brazos le tomaron por los suyos, inmovilizándole en seco. La puerta se cerró con seco chasquido.

Algo suave al tacto pasó por delante de sus ojos, resbalándole luego por la barbilla hasta detenerse en su garganta. Los ojos de Yussupov se desorbitaron.

—Mira al espejo—-le dijo una voz a sus espaldas.

Los hombres que le sujetaban le hicieron girar un cuarto de circunferencia, situándole ante un espejo de gran tamaño que tapaba casi todo un lienzo del muro.

Yussupov sudaba copiosamente. Sus captores lo advirtieron y

rieron descarnadamente.

Había, además de la muchacha, tres hombres. Dos le sujetaban fuertemente y uno sujetaba con ambas manos el lazo que le ceñía apretadamente la garganta.

Éste último dijo:

—-Mírate bien, Yussupov, mírate bien en el espejo, porque va a ser lo último que vas a ver en este mundo. ¿Sabes por qué lo hacemos?

Hizo un desesperado esfuerzo y consiguió lanzar un grito:

—-¡No, no, soltadme! ¡Tengo dinero! ¡Veinticinco mil «garanta»! ¡Os los daré si me soltáis! ¡Todos serán para vosotros...!

—Es tarde ya, Yussupov—-susurró el estrangulado!—. En nuestra organización no se admiten traidores. Mírate, mírate al espejo..., ¡por última vez!

El lazo aumentó su presión. Yussupov sintió un intenso dolor en la garganta, sus ojos se desorbitaron, en tanto que de su garganta salía un ronco sonido.

Se vio a sí mismo en el espejo, con el rostro de color ceniza. Trató de debatirse, pero las tuerzas le fallaron.

El espejo y las imágenes que reflejaba fueron ocultándose tras una niebla de color gris, que fue aumentando en espesor, hasta convertirse en una negrura infinita.

Cuando el corazón hubo dejado de latir, el estrangulador soltó el lazo y los otros su presa. El cuerpo de Yussupov, con el rostro amoratado, contorsionado por la horrible agonía, cayó blandamente al suelo.

—Asunto liquidado — dijo el estrangulador—. Este estúpido debería haber sabido que siempre habrá un guerrillero capaz de luchar contra Plation.

— ¿Qué hacemos con su cuerpo? — preguntó uno de los individuos.

—Os lo diré en seguida. Ahora lo que nos conviene es volver cuanto antes a la sala para no hacernos sospechosos. Hemos de tramar un plan para liberar al capitán Hayes.

Edna sacudió con indiferencia la ceniza de su cigarrillo.

—Id vosotros primero; yo tardaré un poco. Shado tiene espías en todas partes y conviene dar la sensación de que Yussupov y yo estamos aquí..., en amigable coloquio.

Uno de los guerrilleros se echó a reír.

— ¡Jo, jo! ¡En amigable coloquio con un muerto!

Cuando se hubo quedado sola, Edna se arrodilló junto al cadáver y empezó a registrarle los bolsillos cuidadosamente, en tanto que en su rostro se advertía una indefinible expresión, que nadie hubiera sido capaz de descifrar.

* * *

Por un instante, Lester se olvidó que pendía de los pulgares y quiso bajar los brazos.

El movimiento, completamente instintivo, le causó un vivísimo dolor, haciéndole retorcerse sobre sí mismo, en tanto que un arroyo de sudor iba a mezclarse con la sangre que había brotado de los lugares donde la piel le había sido arrancada en túrdigas. Pero logró dominarse y, tembloroso y mareado, observó a la mujer que se acercaba, caminando majestuosamente por el centro del sótano.

La mujer extendió el brazo izquierdo.

—«¡Fuera los soldados! —-ordenó secamente.

Los aludidos desaparecieron con presteza de aquel lugar.

Shado se enfrentó con ella.

—-Director, no está bien que interfieras el curso de la ley — dijo.

Ella sonrió levemente.

—-No pienso hacerlo, descuida, mi celoso Shado.

Pero antes, sin embargo, quiero cambiar unas cuantas palabras con el seudocapitán Hayes.

Se enfrentó con él, observándole detalladamente. Su vista recorrió el musculoso cuerpo, casi enteramente cubierto de sangre, que había formado un charco a sus pies.

—Te llegó la hora, Hayes

—Ésa es la triste condición de todo humano, Morgana— dijo.

—Es una lástima que te hayas alistado en el otro bando. Junto a nosotros, habrías obtenido muchas ventajas.

—Sí, como Yussupov, ¿verdad?

Ella arqueó las cejas.

—No le conozco, capitán.

—-Es el individuo que me indicó dónde podría encontrar a estos asesinos— dijo obsequiosamente Shado.

—Ahora me lo explico—-dijo ella pensativamente—. Ya me parecía a mí que... Bueno, capitán, ¿qué dices?

—Un terrestre no tiene más que un bando, Morgana. Deberías saberlo.

—El amigo Yussupov no parece opinar igual que tú, Hayes.

— ¡Es un renegado!

—No, sino un individuo que... Pero dejémonos de discusiones inútiles. Está visto que no quieres unirte a nosotros, ¿no es así?

—Lo he repetido mil veces, Morgana. ¡No!

—Entonces — dijo ella—, lamentándolo mucho, tendré que dejar que la ley siga su curso.

—No es un curso con corriente de leche y miel; pero, vaya, peor podía ser— dijo él, en tono chancero.

Morgana le miró con admiración.

—No me extraña que hayas conquistado tantas simpatías por ahí, capitán. Lástima que todo haya sido desperdiciado en balde.

—La postura me impide encogerme de hombros, mi señora — sonrió Lester.

—Es suficiente con las palabras. Bien, capitán. Os dejo a ti y a tus hombres.

— ¿Vuelves a la «Estrella Negra» a cantar? — dijo él mordazmente.

Morgana palideció intensamente. Shado masculló una interjección.

— ¿Cómo lo has sabido, Hayes? — preguntó ella, sin poder contenerse.

Lester emitió una suave risita.

—Mírate la muñeca izquierda, hermosa.

Ella hizo lo que le decían y luego, instintivamente, se tapó con la mano derecha la pesada pulsera que le ceñía aquel miembro. Sus ojos chispearon un instante.

Luego se echó a reír.

—Un descuido Imperdonable por mi parte, Hayes.

—Ahora da lo mismo, Morgana. De todas formas, tienes muy buena voz... y eres una magnífica adivinadora.

—Gracias.

—No hay de qué. Iba a pedirte que me leyeras el porvenir otra vez; pero, como ves, tengo las manos muy altas y en mala posición para que puedas hacerlo. Sin embargo, tu habilidad puede suplir...

—No hace falta que requieras los servicios de ninguna pitonisa para saber lo que te va a ocurrir. Desde el momento en que te lanzaste-a la guerrilla, estabas sentenciado. Un día u otro tenía que ocurrir, ¿no?

Lester asintió.

—Sí, tenía que ocurrir. Lo único que te pido, y no insistiré de nuevo, es que abrevies el tormento. La muerte que sea rápida.

Ella meneo la cabeza.

—Oh, no, nada de eso.

Shado adelantó un paso.

—Podemos complacerle, Director. Los soldados están allí afuera y...

Morgana arrojó una fría mirada sobre su jefe de policía.

— ¡Qué poca imaginación tienes, Shado! Estos individuos han estado burlándose de nosotros durante años. Y ahora que los tenemos en nuestro poder, tú quieres solucionarlo con una simple descarga radiónica, terminando en un segundo con sus padecimientos, cuando su verdadero castigo debe ser una tortura larga, interminable, duradera.

—Llamaré a mis esbirros—-dijo Shado.

—-No. Hay algo mejor. ¿Para qué cansarlos? Conozco a esta gente: terca, dura, altiva, orgullosa. No conseguiríamos nada. Envíalos a la Rueda.

Un brillo de admiración apareció en los ojos de Shado.

— ¡Realmente es una magnífica idea' —exclamó.

—Que debiera habérsete ocurrido antes. Éstos no son unos guerrilleros vulgares, Shado. Deben compensar con su esfuerzo los daños que nos han causado. Fíjate bien en ellos; todos son jóvenes, fuertes, robustos. Pueden dar mucho de sí, y es su obligación hacerlo.

—Lo harán, Director; yo me encargo de ello.

—Celebro que pienses de tal manera, Shado. Y ahora...

Morgana se interrumpió. Dio un paso hacia adelante y miró a Lester, sonriendo fríamente.

— ¡Adiós, capitán! Cada vez que beba un vaso de agua, pensaré en que eres tú el que me lo envía.

—Y cada vez que la bebas, piensa también en que la saliva es un líquido. Mi salivazo a tu rostro es simbólico, porque tengo la boca seca, pero algún día lo haré de verdad —contestó él con salvaje acento.

Shado avanzó y golpeó con la mano el rostro del capitán.

—Para ti habrá algo más que un simple escupitajo, Shado. Echaremos a suertes para ver a quién le corresponde el dudoso honor de retorcerte el pescuezo.

—No llegará para ti ese día, Hayes— rio burlonamente el jefe de policía—. La Rueda no es precisamente un método para rejuvenecer.

—Cuando uno tiene que vengarse, jamás se hace viejo. Y yo viviré lo suficiente, para vengarme... ¡de los dos!

— ¡Ta, ta! ¡Palabras, palabras! En fin, por lo menos, te dejaremos el derecho al pataleo. ¿Tienes algo más que decirles, señora? —preguntó Shado dirigiéndose ahora a Morgana solícitamente.

Mía meneó la cabeza, al mismo tiempo que se envolvía en el manto. Miró largamente a Lester, con una indefinible expresión en sus pupilas.

—Yo se lo diré—exclamó el capitán—. Odia todo lo terrestre. Pero el nombre que lleva lo es. ¿Por qué no te lo cambias y te llamas Hadukja o Wrztylla o uno de esos nombres tan bonitos que parecen estropajo en la boca al pronunciarlo?

Los guerrilleros rieron a carcajadas y, acompañada por aquellas risas, que rebotaban sarcásticamente en sus oídos, Morgana salió del sótano a grandes zancadas, lleno su ánimo de un sentimiento en el que se mezclaban el odio y la humillación.

CAPÍTULO V



ON desconfianza miró Shado aquella caja, gruesa y alargada, que tenía frente a sí.

—¿Quién ha traído esto? — preguntó.

—Lo enviaron de una agencia, señor — contestó el capitán Huros, uno de sus más fieles y leales secuaces—Dijeron que era un obsequio para ti.

La caja era de madera sintética, lujosamente trabajada, con charnelas de oro y gemas. Debía de haber costado un dineral y, pensó Shado, con toda seguridad, había sido enviada por alguien que le debía más de un favor. Desde el lugar que ocupaba en el gobierno plationita, podía hacer muchos, y los cobraba. Pero aquel obsequio le resultaba inesperado.

En un principio sospechó que pudiera tratarse de una máquina infernal destinada a eliminarle. Más pronto desechó tales pensamientos; sus propios servicios de seguridad lo habrían descubierto ya.

No obstante, el obsequio le resultaba demasiado voluminoso. Dos metros de largo, por sesenta o setenta de lado en cuadro. ¿Qué diablos podría ser?

—-¿La habéis abierto vosotros? — preguntó.

— ¡Espacio! ¡No, señor! ¿Cómo íbamos a atrevernos a...?

Shado agitó la mano.

—Está bien. Veamos lo que hay dentro. Ábrela, Huros.

El capitán obedeció. Soltó los cierres de las charnelas y levantó la pesada tapa, echándola hacia atrás. Inmediatamente soltó un respingo.

— ¿Eh? ¿Qué diablos...?

Shado lanzó- una maldición, al mismo tiempo que palidecía. Sin poderse contener, retrocedió un paso.

Dentro de la primera caja había otra, ésta en una forma clara y definida, de lúgubre color negro.

Los dientes de Euros castañetearon audiblemente.

Shado no tardó en recuperarse.

— ¡Abre ese ataúd!—masculló—. ¡Quiero ver quién hay dentro!

Huros tragó saliva. Con mano temblorosa, levantó los cierres y la tapa del féretro y luego dio un salto hacia atrás.

Una sonora imprecación se escapó de los labios del jefe de policía. Palideció hasta que el color de su tez hubo adquirido un tono similar a la del hombre que yacía en el interior del ataúd.

Todavía podía verse el lazo en turno del amoratado cuello de Yussupov. Los ojos del traidor estaban desmesuradamente abiertos, reflejando en sus vidriadas pupilas la angustia de los últimos momentos.

Pero todavía había más. Su boca también estaba abierta, muy abierta, tanto, que con los dientes sujetaba un fajo de billetes que Shado conocía muy bien, por habérselo entregado en persona al muerto cuando éste todavía vivía.

Por unos momentos, los dos hombres contemplaron en silencio el horrendo cadáver; después Shado reparó, en que había un sobre sujeto por las manos entrelazadas por el difunto.

Dominando su repugnancia, se inclinó, tomando el sobre. Extrajo de su interior un papel que desdobló.

No había más que una frase, de pocas palabras, pero harto significativas;

«El capitán Hayes no es el último guerrillero.»

* * *

El río atravesaba ciudad, por debajo de una complicada red de túneles y subterráneos, de centenares de kilómetros de longitud, en los cuales estaban instaladas las máquinas que bombeaban el agua a la superficie, después de haberla hecho pasar por las estaciones de filtración y potabilización.

Y en uno de aquellos túneles era donde se encontraban Hayes y sus compañeros, en unión de otros muchos criminales, casi todos de derecho común, sentenciados a la durísima pena de trabajos forzados conocida por el nombre de la Rueda.

El túnel era semicircular, vasto, de colosales proporciones, ampliado especialmente en aquel sitio. El agua penetraba por uno de los extremos y salía por la boca de un tubo de unos veinte metros de diámetro. El canal, de la misma anchura, cruzaba el túnel en toda su extensión, yendo a perderse cíen metros más abajo por otra boca similar.

A ambos lados del canal había sendas explanadas, en una de las cuales se veían unas que, en comparación con sus gigantescas dimensiones, parecían diminutas puertecitas y que daban a los infectos cubículos donde se alojaban los esclavos que movían la Rueda cuando no les correspondía el turno agotador de trabajo. El

único mobiliario de tales cubículos era un simple montón de paja, húmeda y semi-podrida, tanto por el largo tiempo que no había sido renovada, como por la constante humedad que allí reinaba de continuo.

A ambos lados del canal había dos filas de cubículos, una para cada turno, de modo que no se necesitaba atravesar la corriente de agua para tomar el relevo en el trabajo. Bastaba salir de la celda, que no tenía ninguna puerta ni reja, seguros los guardianes de que era imposible efectuar ninguna evasión por allí, y recorrer cincuenta metros para comenzar la agotadora y cotidiana labor. Había dos turnos y trabajaban doce horas diarias, dividido dicho período en dos partes de seis cada una. Éste era el único descanso que se tomaban los forzados, quienes estaban allí sepultados de por vida, sin poder ver ya jamás otra luz que la macilenta que alumbraba siniestramente el interior del enorme subterráneo.

El ruido de la Rueda no era muy fuerte, pero sí constante y llegaba a hacerse insoportable por su obsesionante monotonía. Era un ruido compuesto de chasquidos, crujidos, chapoteos, chirridos de engranajes faltos de grasa y golpecitos secos y menudos que acababa por exasperar el ánimo del infeliz que había tenido la desgracia de ser enviado a aquel lugar para dejarse el aliento en una labor útil antes de morir.

La Rueda consistía, esencialmente, en un tambor largo de unos cincuenta metros, por diez de diámetro, que giraba sobre un colosal eje suspendido por otros no menos colosales soportes, en sentido horizontal. Él tambor estaba compuesto de largas tablas de metal, unidas entre sí por un entramado de cables que reforzaban su estructura, impidiendo que las tablas se combasen y perdiesen su perfecta rectitud, obstaculizando con ello el buen funcionamiento del mecanismo.

Por medio de unos engranajes, la Rueda movía un enorme tornillo sinfín, de un grosor de más de dos metros, encerrado en un enorme tubo, uno de cuyos extremos estaba introducido en el canal, en tanto que el otro se perdía en el techo. El tomillo sinfín elevaba el agua a la parte superior de los edificios que había sobre el subterráneo.

El funcionamiento de tal artificio era sencillo. Bastaba poner los pies en una de las tablas. La Rueda estaba tan bien equilibrada, que el menor peso la hacía «girar sobre su eje. Pero el hombre que estaba encima de la tabla sentía que ésta le huía apenas ponía el pie encima, por lo que se veía obligado a colocar el otro pie en la siguiente tabla, que llegaba una décima de segundo más tarde, agarrándose con ambas manos a una tercera, situada más arriba y que también

descendía a su vez. En realidad, para el condenado a tan refinado tormento, en el que no cabía .el cansancio ni el desfallecimiento, so pena de una horrible muerte, era como estar en una escalera que jamás tenía fin. Tenía que estar moviendo las piernas continuamente, buscando con los pies un escalón que huía vertiginosamente apenas lo había encontrado. Y esto lo hacía durante seis horas, al término de las cuales, el que había tenido fuerzas suficientes para soportar aquella tortura y no se había dejado caer al agua, no tenía en la mente otra idea, obsesionantemente fija, que descansar.

Desde la puerta de su cubículo, con la desnuda espalda, todavía a medio cicatrizar, apoyado de lado en la pared, Lester miró el incesante volteo de la Rueda, movida en aquel momento por el otro turno, compuesto de un grupo no menor de cincuenta hombres, cuyas piernas se movían rítmicamente, en un incesante movimiento de ascenso y descenso, que no tenía fin hasta el término de la jornada.

—Aquí dejaremos todos los huesos — murmuró melancólicamente.

Por fortuna, todos los guerrilleros eran hombres robustos y habían soportado, hasta el momento, el inhumano suplicio. Pero en sus demacrados rostros, de pómulos salientes, ojos febriles y barbas crecidas, podía verse con toda claridad los estragos que el durísimo trabajo había causado ya en ellos. Las costillas se les marcaban y a través de la liviana tela que les cubría la cintura podía verse sobresalir los huesos de las caderas.

—Esa Morgana supo leerte bien el porvenir, Hayes

— dijo Susline, el ex número Siete.

—En su lugar, yo también lo habría hecho — contestó el que había sido conocido por el número Diez, Boziteaux.

Lester no contestó. Tenía la vista fija en la enorme máquina, para hacer mover la cual se afanaban cincuenta desgraciados.

Tharoyan, el gigantesco armenio, se le acercó medio arrastrándose.

— ¿En qué piensas, capitán? Te conozco y sé que estás tratando de idear algún medio de escapar de aquí.

—Justamente—-repuso el joven, dejando vagar una indefinible sonrisa por sus labios —. Justamente estaba pensando en eso.

—Es imposible, capitán. Yo también me he roto la cabeza tratando de hallar una forma de largarnos de aquí, pero es imposible.

Lester meditó en voz alta:

—Los constructores de la Rueda eran unos ingenieros formidables. Sabían lo que se hacían.

—Pero ésta es la única que queda. Fue construida hace miles de años, cuando todavía no se había inventado ninguna clase de motor y todo el trabajo se hacía a base de energía de sangre.

—Y, sin embargo, sigue funcionando como el primer día —dijo Lester—, En todos los demás subterráneos, las Ruedas fueron sustituidas por bombas movidas por energía eléctrica. Menos aquí.

—Me gustaría saber por qué no lo hicieron — murmuró el armenio.

Lester movió la cabeza.

—Es muy sencillo — contestó —. El agua que nosotros sacamos con nuestro trabajo va a parar a ciento cincuenta metros más arriba, a la estación de purificación del palacio del gobierno. Los hombres que han gobernado a Plation no quisieron destruir esta máquina y sustituirla por otra automática, empleándola como medio intimidatorio contra sus enemigos, especialmente los enemigos políticos, como nosotros y, excepcionalmente, algunos criminales de derecho común, que habían cometido un delito gravísimo. Ahora hay bastantes de éstos, sin duda, porque, en las actuales circunstancias, no hay apenas oposición.

—Salvo nosotros, y ya no contamos—dijo Tharoyan con desaliento.

—Estás equivocado. Contamos. Y todavía tenemos mucho que hacer.

— ¿Tienes algún plan? — exclamó el armenio con ansia.

Lester inclinó la cabeza afirmativamente.

—Creo..., creo que sí.

—Pero es imposible salir de aquí. La puerta está electrificada, salvo en el momento del relevo, en que se juntan lo menos veinte soldados. Y luego hay que subir cincuenta metros de escalones, para dar de narices con el primer cuerpo de guardia. Y luego... Oh, si no hay poder humano capaz de sacarnos de aquí por la fuerza.

—Saldremos empleando simplemente la astucia, Tharoyan.

Los demás guerrilleros escuchaban atentamente el diálogo. Se habían encontrado, en más de una ocasión, en situaciones particularmente difíciles, y Lester había encontrado siempre un medio para continuar adelante. Sabían, pues, que podían confiar en su jefe; éste siempre tendría una idea que les librase del penoso cautiverio que ya padecían desde Hacía cerca de un mes.

Lester se miró pensativamente los pulgares, en los cuales habían quedado indeleblemente impresas las marcas de los cables de acero que les habían tenido suspendidos en el aire.

— ¿Cómo? — preguntó alguien —. ¿Todos?

El joven meneó la cabeza.

—No; es imposible. Saldremos primeramente Tharoyan y yo. Después habréis de tener paciencia, os lo ruego, los restantes.

— ¿Por qué te llevas a Tharoyan?—.preguntó Susline.

—-Necesito un hombre con fuerzas. Todos sois inteligentes, ni qué decirlo; pero, además, Tharoyan posee la fuerza de seis hombres, y pienso que, según la ocasión, me puede ser muy útil.

A ninguno se le ocurrió discutir la razón de la preferencia de su jefe. Todos confiaban implícitamente en él y sabían que si prometía liberarlos, lo haría.

— ¿Cuál es tu plan?—preguntó Marchetti, el ex número Cinco.

Lester lo explicó con pocas palabras.

Al terminar, alguien gruñó:

—-Eso es imposible; os ahogaréis antes de llegar al final.

—No, porque hay un medio para evitarlo.

—-¿Cuál?

—El dinero.

— ¿El... dinero? ¿Y de dónde lo vas a sacar, capitán, si todas nuestras riquezas son este simple taparrabos?

—El soldado que me proporcione lo que necesito, se ganará mil «garante»—respondió imperturbable el joven—. Su paga de cinco años. ¡Y es tan poco lo que tiene que hacer!

— ¿Y quién se los dará?

—Una persona— Contestó el joven, sonriendo enigmáticamente —. Y ahora dejadme descansar un poco; necesito dormir cuando menos dos horas para estar fresco.

Le despertaron cuando la patrulla del relevo apareció por las escaleras que daban al subterráneo. Flanqueados por una doble fila de soldados, avanzaron hacia la Rueda.

Mientras caminaban, Lester procuró situarse el último, junto a un soldado a quien venía observando cuidadosamente en los últimos días. Súbitamente, resbaló y cayó al suelo, al mismo tiempo que lanzaba una exclamación de dolor.

El soldado le empujó con el pie. Lester levantó la cabeza, frotándose el tobillo con la mano.

—Me he hecho daño—-dijo.

—Lo mismo da. ¡A la Rueda!

El pelotón se había alejado unos cuantos metros de ellos y

estaban solos.

—Bueno, bueno — refunfuñó el joven—; pero no es necesario usar tan malos modos. Ya voy... ¡Uf!, cómo me duele. No sé si hoy podre...

—Podrás— dijo el otro con dureza—. O de lo contrario, irás a parar al agua.

—Poco me importaría si tuviera un par de pastillas de oxígeno —.dijo Lester sinuosamente.

El soldado se estremeció. Era inteligente.

—No sé de qué me hablas — dijo, desviando la mirada.

Lester, a sus pies, continuaba masajeándose el tobillo.

—Dos pastillas de oxígeno — repitió el joven-—. A quinientos «garants» cada una. Un buen precio, ¿verdad? En las farmacias se venden a veinte centavos la docena.

— ¡Quinientos «garants»! ¡Estás loco! ¿De dónde los ibas a sacar?

—Yo te podría decir quién te los daría, Claro que — añadió el joven con suspicacia — tendría antes que asegurarme de que no me ibas a traicionar.

La conversación se desarrollaba en tono muy bajo, apenas audible y sin casi mover los labios.

El soldado arrojó una furtiva mirada en torno suyo.

— ¿Quién es esa persona?—dijo, pasándose la lengua por los labios.

Lester sonrió. Su plan empezaba a dar resultados.

— ¿Me traerás las pastillas de oxígeno? — preguntó a su vez.

— ¿Qué es lo que piensas hacer?

—Eso es cuenta mía. Tú dame la respuesta. De lo contrario, olvida los «garants».

El soldado vaciló. Pero sólo fue un instante.

—Conforme. Venga, escúpelo de una vez.

—Cuando estés franco de servicio, ve a la «Estrella Negra». Busca a Wumion, el dueño. ¿Lo conoces?— y ante el gesto afirmativo del otro, Lester continuó—: Dile estas solas palabras, fíjate bien: «Parece ser que pronto va a ver un eclipse de sol en la Tierra». Luego le dices que te dé los mil «garants». Lo hará, sin rechistar, sin preguntarte nada más.

— ¿Estás seguro de ello?

—Haz la prueba. Poco cuesta y a nada compromete, ¿verdad?

—De acuerdo. Pero si me has engañado...

—Si te hubiera engañado, tú serías el más interesado en callar. No te gustaría nada hacerme compañía ahí, ¿verdad?—y se puso en pie—. Ya tengo mejor el tobillo, muchas gracias,

* * *

Seis horas más tarde, once ansiosos hombres se le echaban encima. Lester sonrió.

—Por ahora — dijo, tendiéndose exhausto en el suelo— todo está arreglado. Veremos si el tipo ese es capaz de cumplir su palabra.

—Si plan es audaz y arriesgado — dijo uno—. Pero esos planes son, precisamente, los que tienen éxito. ¿Y qué harás después, cuando estés arriba?

—Afeitarme, bañarme y buscar ropas limpias — contestó incongruentemente el joven, dejando estupefactos a sus compañeros.

Tuvieron que pasar más de una docena de turnos antes de que, al fin, volviera el soldado a escoltarles. Lester procuró situarse a su lado. En el momento oportuno, sintió que una mano deslizaba en la suya dos minúsculas tabletas de forma lenticular.

Tharoyan y él se colocaron juntos en la Rueda. En un momento propicio, Lester le pasó una de las tabletas de oxígeno.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo—. Procura no fallar o no tendrás oportunidad de repetirlo. Tenlo presente.

—No fallaré.

Súbitamente, las manos de Lester se aflojaron.

Los peldaños de la rueda le arrastraron implacablemente hacia abajo. En un par de segundos, su cuerpo se sumergió en la corriente.

CAPÍTULO VI



ORGANA se quedó muy sorprendida cuando el oficial de servicio de su guardia le anunció la identidad de la persona que quería visitarla, Por un momento, la joven vaciló, pensando acaso que el pretendiente tratara de extorsionarla, pero diciéndose que la negativa a recibirle sería aún peor, acabó por asentir con seco gesto de cabeza.

Wumion penetró en la amplia estancia con tardo paso, en la mano el gorro con que habitualmente se cubría su monda cabeza. Miró furtivamente en tomo suyo, pero no dijo nada hasta que el oficial se hubo retirado.

Ella le miró fríamente.

—No acostumbro a recibir personas que no han solicitado previamente una audiencia, Wumion.

El tabernero se inclinó sumisamente.

—Gracias, señora; eres muy amable. Sin embargo, lo que tengo que decirte es muy urgente; por ello me he permitido distraer estos minutos de tu precioso tiempo.

—Me lo haces perder mucho más con tus preámbulos—dijo ella, impaciente—. Habla de una vez. ¿Qué es lo que quieres?

Wumion se enderezó en toda la longitud de su gigantesca estatura, al mismo tiempo que sus ojos adquirían un nuevo brillo y su rostro perdía la expresión de servilismo que había adoptado al entrar.

—La vida del capitán Hayes y sus compañeros — dijo secamente.

Morgana se puso en pie súbitamente. Sus pupilas llamearon un instante, pero un segundo más tarde una aguda risa brotaba de su garganta.

— ¡Wumion! ¿Te has vuelto loco?

—No, señora. Estoy tan cuerdo como tú y como yo. Tú puedes hacerlo; eres la máxima autoridad del Sistema y de los Sistemas Asociados. Concédeme lo que te pido. Ya ves que es bien poca cosa. Ni dinero, ni prebendas ni influencias. Sólo la vida de doce hombres.

— ¿Poca cosa... la vida del capitán Hayes y sus compañeros..., los más encarnizados enemigos de Capella? — su mano se extendió hacia la mesa — Voy a arrojarte de aquí y solamente considerando que has sido un inconsciente podré olvidar tan imprudentes frases.

—No llames a nadie—dijo Wumion suavemente mirándola con fijeza—: No te conviene. Ocupas el puesto más elevado; podrías perderlo si lo hicieras

— ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo tú, un simple tabernero, y de no muy buena fama, además, te atreves a amenazarme a mí, el Director de Capella?

—-¿Quién te ha dicho todas esas cosas, Morgana? ¿Cómo sabes que soy un simple tabernero y que mi fama es pésima? ¿De dónde te has sacado todo eso?

Ella se quedó helada, sin saber qué decir. Las palabras de Wumion la habían cogido totalmente por sorpresa, dejándola atónita y estupefacta.

—Un Director que se estimase no hubiera accedido a recibir de inmediato, sin pedir informes, a un vulgar tabernero. Y tú lo has hecho inmediatamente. ¿Quieres que te diga por qué, Morgana?

Wumion avanzó hacia la mesa en que ella estaba trabajando y se sentó en uno de sus ángulos. Prendió fuego a un cigarrillo y expulsó el

humo con placer.

—No deberías haber fumado esta marca el otro día cuando fuiste a cantar a mi taberna, Morgana. Hay otras tan buenas, pero menos delatoras.

— ¡Acabemos de una vez!.— exclamó ella, exasperada, con las mejillas encendidas por la furia—: ¿Qué es lo que quieres?

—Ya te lo dije antes — repuso él parsimoniosamente. Ya no era el torpe y lento propietario de la «Estrella Negra», sino un hombre lleno de astucia e inteligencia— ¿Es necesario que te lo repita?

—Si te refieres a la vida de esos... forajidos, puedes estar tranquilo. Yo misma les indulté.

—Lo sé, lo sé — contestó Wumion con acento benigno —. Pero por muy fuerte que sea un hombre, no llega al año su vida cuando es condenado a la Rueda. Y yo quiero que los libertes a todos.

— ¿Quién te ha dicho que están allí? — exclamó ella, casi con un rugido—. ¡Contéstame, pronto!

—Mi profesión es uno de los mejores medios para saber cosas que generalmente no llegan a los oídos de la gente vulgar. Sé que Hayes está en la Rueda y eso debe bastarte. ¡Suéltalo!

Ella la miró suspicazmente.

— ¿También tú estás con los guerrilleros? ¿No serás uno de ellos?

—Soy amigo del capitán Hayes, nada más.

—Esa respuesta es insuficiente.

—La única que puedo darte. Vamos, extiende una orden y haz que los echen a todos a la calle.

—Hablas con mucha seguridad. Wumion. ¿Por ventura pretendes coaccionarme con anunciar al público que Morgana estuvo cantando en tu infecto tugurio hace unas cuantas semanas?

—La gente lo tomaría a chacota. Una genialidad tuya, dirían. Pero, en cambio, habría otras cosas que les iban a gustar menos.

— ¿Por... ejemplo?

—Saber quiénes eran tus ascendientes más próximos. ¿Te gustaría que lo vocease a los cuatro vientos?

—Puedes hacerlo. No me avergüenzo de ello. Al contrario, me enorgullece poder decirlo. He llegado aquí desde el escalón más bajo y éste es un timbre de honor y de gloria para mí. Y para todos mis súbditos que se miran en mí como un espejo, pensando en que quizá algún día ellos puedan estar aquí, donde yo me encuentro.

—Por supuesto. Pero a los orgullosos plationitas no les agradaría

saber que su Director es hija de una terrestre. Te obligarían a dimitir inmediatamente.

— ¡Mientes! — gritó—. Mis padres fueron...

—Tú quieres referirte a los honrados Afor y Narebda, que fueron los que guiaron tus primeros pasos durante tu niñez, hasta que estuviste en condiciones de ir a un colegio terrestre a educarte. Tenemos sojuzgados a los terrestres; pero ninguna mujer, con medios económicos, se entiende, deja de adquirir la educación y el refinamiento que sólo en aquel planeta se pueden adquirir. Y tú estuviste allí casi diez años, desde los once hasta los veinte, ¿no es así?

— ¿Acaso he sido la única?

—No; pero ¿no se te ha ocurrido nunca pensar quién sufragaba la costosa estancia tuya en la Tierra? ¿Podía Afor, con su modesto salario de empleado, pagar el enorme dispendio que suponía tu educación en aquel lejano mundo?

Morgana abrió mucho los ojos. Vacilaba, no queriendo dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Incluso tu nombre es terrestre. Fue a pedido de tu madre que te lo pusieron...

—Mi madre era Narebda — dijo ella débilmente.

Wumion sacudió la cabeza.

—No. Se llamaba Alina. Y había nacido en aquel planeta.

—Parece que estás muy enterado del asunto, Wumion.

—Tengo que estarlo a la fuerza, Morgana. Alina era mi esposa.

El silencio descendió inmediatamente sobre la estancia. Morgana miró a su interlocutor con los ojos muy abiertos y una expresión de incredulidad retratada en su bellísimo rostro.

— ¿Tú... mi... padre...?—.balbuceó, al fin.

Wumion movió su pesada cabezota en sentido afirmativo.

—Exactamente.

— ¿Dónde están las pruebas de lo que dices? ¿Es que piensas que basta tu palabra para que yo pueda creerme sin más esa página de folletín? — gritó ella, exasperada.

Sin contestar, Wumion sacó un fajo de papeles del bolsillo y lo arrojó despreciativamente sobre la mesa.

Morgana vaciló. Alargó la mano, retirándola, como si aquellos documentos fueran de hierro al rojo vivo. Pero, al fin, decidiéndose, tomó el pequeño legajo y empezó a desenvolverlo.

Mientras tanto, Wumion se acercó al muro encristalado que era toda la pared de un lado de la estancia. Desde allí contempló el

increíble panorama, vedado absolutamente a los habitantes de la ciudad baja, que eran las docenas de terrazas escalonadas, sustentadas al aire por esbeltísimas columnas, cubiertas de una lujuriante vegetación, llena de vida y colorido. Numerosos canalillos, interrumpidos a trechos por airosos surtidores, cruzaban los fabulosos jardines, proporcionando frescura al delicioso ambiente, Aún había una terraza más, en la cual se divisaba el enorme bloque de un gigantesco depósito que era de donde manaba el agua para los canales y surtidores, y cuyas paredes estaban cubiertas de plantas trepadoras, esmaltadas de flores de todos los colores, con el fin de ocultar su útil fealdad y que no desentonara del espléndido conjunto.

Se volvió. Morgana estaba sentada, con la cabeza entre las manos, viva estampa del abatimiento.

Fue hacía ella y le puso una mano en el hombro.

—-No temas, hija — murmuró—.. Nadie sabrá que el tabernero Wumion es tu padre.

— ¿Por qué me lo has tenido oculto hasta ahora?— preguntó ella, levantando los ojos.

—No quise interferir tu carrera, Cuando regresaste de la Tierra, junto a tus padres adoptivos, supe de tu decisión de presentarte a las pruebas de la Máquina. Nadie, excepto Afor y Narebda, conocía tu origen. ¿Crees que sí se hubiera sabido, te habrían dejado optar?

—Pero...

—Estás aquí, no porque tu inteligencia sea superior a la de los demás, con ser mucha, sino porque la Máquina lo dijo. ¡Máquinas! — bufó despectivamente Wumion—. Todos nosotros nos hemos dejado gobernar ya demasiado tiempo por ellas. Si un plationita desea entrar al servicio del Gobierno, debe ser examinado por la Máquina correspondiente. Si una mujer quiere buscar un empleo, tiene que ser escrutada por la Máquina. Para todo se requiere la aquiescencia de la Máquina determinada. ¡Pero yo nunca las usé! Por eso estoy donde estoy, y me siento muy feliz y satisfecho con mi profesión.

—No... no puedo soltar a Hayes.

—Sí puedes— dijo él, dando un fuerte puñetazo en la mesa—. La mitad de tu sangre es terrestre.

—Pero la otra mitad es plationita — dijo ella orgullosamente.

—Por eso mismo debes soltarlo.

—No te entiendo—-murmuró Morgana, desconcertada.

—Conquistamos a la Tierra, entre otros muchos planetas, ya hace unos cuantos siglos. La conquista fue física, pero nunca espiritual.

— ¡Son unos orgullosos, que no quieren someterse si no es por la

fuerza!

— ¿Y qué harían los plationitas en un caso similar?

Nuevamente se dejó caer Morgana en su asiento.

—-Veré... veré lo que puedo hacer, Wumion. Eso que me pides... es muy difícil. Los miembros de mi gabinete... no me aprecian mucho. Les molesta ser presididos por una mujer... especialmente Shado, que sólo espera un fallo mío para asestarme el golpe definitivo.

—La Máquina te eligió por un período de ocho años. Sólo llevas dos.

—A veces me parecen doscientos —- murmuró ella con gesto cansado.

—-Esa es la servidumbre que te opone tu cargo.

—-Si... ya lo sé... Pero el orgullo de ser el primer Director femenino pudo más que todo...

Wumion se enderezó.

—Me voy—dijo—. Ya lo sabes todo. Haz lo que tu conciencia te dicte, Morgana. Pero puedes estar segura de que nadie sabrá que soy tu padre.

Ella levantó los ojos, humedecidos por las lágrimas.

—Soy la primera en sentir que Hayes y los suyos estén en la Rueda... pero era el único medio de salvarles la vida. Ahora... ahora me resultaría muy difícil, cuando todavía no han pasado dos meses después de su captura, liberarlos sin ninguna razón especial para ello.

—Cuando un Director ha querido hacer una cosa por la cual ha sentido un súbito capricho, siempre ha encontrado el pretexto necesario para disculparse— adujo el tabernero—. Y tú lo encontrarás; eres demasiado lista para ello.

—Espero que sí—-murmuró ella—. Pero ahora, vete. Déjame... déjame pensarlo, aunque no sean más que veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

Wumion se inclinó respetuosamente.

—Soy tu más humilde y devoto servidor.

Cuando Morgana se hubo quedado sola, se puso en pie. Tomó un cigarrillo de la caja que tenía sobre la mesa, pero lo dejó inmediatamente «Un vicio terrestre. Hasta que nuestras vanguardias no aparecieron en aquel orgulloso planeta, no habíamos conocido el tabaco»; después, dejó nuevamente el cigarrillo.

Caminó hacia la vidriera y apoyó su calenturienta frente en el cristal, refrescándosela. Pero el interior de su cráneo ardía. Wumion, su padre; ella, medio terrestre... ¡Oh, cómo salir de aquel apurado

embrollo!

Un hombre se detuvo silenciosamente ante ella.

—Director, el Jefe de Navegación espera. Es la hora de vuestra entrevista.

Morgana compuso el gesto. Enderezó el busto y se volvió:

—Dile que pase — contestó con voz firme.

* * *

Arschak estaba maldiciendo la hora en que se le ocurrió aceptar la idea sugerida por Hayes. Había recibido, sí, los mil «garants», pero apenas si había podido disfrutarlos. Y en la situación en que se encontraba ahora, preveía que ya no iba a disfrutar ni aquellos ni ningunos más.

Lanzó un feroz aullido de dolor cuando el grueso látigo se le enroscó en torno al cuerpo, arrancándole túrdigas de piel. Se estremeció, retorciéndose epilépticamente sobre sí mismo, impotente para huir al feroz castigo, sujeto como estaba por los pulgares.

Un hombre se inclinó hacia él, mirándole con salvaje expresión de odio.

— ¿Para qué quería Hayes los mil «garants»?

—No... no lo sé — contestó Arschak, tratando de resistir.

Shado levantó la mano. El látigo volvió a chasquear.

—Vamos, Arschak, habla. Tenemos otros tormentos mucho peores que éste. Los azotes te parecerán caricias con plumas comparados con lo que podemos hacer contigo.

—-Te... te juro que no lo sé...

— ¡Estúpido!—dijo el jefe de Policía—. ¿Crees que puedo tragarme esa bola? Hayes te dijo fueras a ver a Wumion y le pidieras a éste dicha suma. ¿Para qué? ¿Para qué quería él los mil «garants», allá, en el subterráneo de la Rueda, donde no hay nada que se pueda adquirir?

—Yo... yo no he visto nunca a Wumion... No sé nada... lo juro.

Esta vez el látigo azotó media docena de veces seguidas el cuerpo del desdichado Arschak, quien, se retorció epilépticamente, tratando en vano de huir al salvaje castigo.

—-¡Basta! ¡Basta! ¡Lo diré todo... pero... por favor, no me azotéis más...!

— ¡Alto! — ordenó Shado, contemplando fríamente el torturado cuerpo, convertido en un sanguinolento pingajo—. Vamos, habla.

— ¿Me... me soltareis... después:..?

Shado asintió con leve parpadeo.

—Bue... no... lo diré... Hayes... me dijo que Wumion me daría los mil «garants»... si yo... le llevaba dos pastillas de oxígeno...

— ¿Oxígeno? — repitió Shado.

Arschak asintió.

—Si... nada más... Soltadme, pronto...

—Oxígeno murmuró entre dientes—. ¿Para qué diablos puede querer ese canalla...? ¡Arschak!

— ¿Sí?—.jadeó el prisionero.

— ¿No te dijo Hayes para qué quería esas tabletas?

—No... sólo me dijo que Wumion...

—Ese Wumion... Tendría que hacerle hablar, pero...

Una idea brilló súbitamente en la mente de Shado.

— ¡Pronto! ¡Uno de vosotros, que vaya inmediatamente al subterráneo de la Rueda y que traigan aquí al capitán Hayes! Encadenado, no se os vaya a escapar.

Huros echó a correr hacia la salida del sótano de la tortura.

La voz de Shado le alcanzó.

—No, no me lo traigáis aquí, sino a mi despacho.

Huros asintió con la cabeza y reanudó la marcha.

Después de esto, Shado miró una vez más al torturado prisionero.

—Suéltame — jadeó Arschak, y el policía asintió.

Uno de los verdugos aflojó las ligaduras. Arschak cayó al suelo, de rodillas, incapaz, de sostenerse en pie. Inclinó la cabeza.

Entonces fue cuando Shado miró al jefe de los atormentadores, haciéndole un particular guiño.

El esbirro parpadeó en señal de afirmación. Silenciosamente, desenvainó un corto puñal y se acercó por detrás al soldado. Arschak trataba de hacer reanudar la circulación sanguínea en sus doloridos pulgares.

El puñal bajó con rápido impulso, clavándosele en la nuca. Crujieron las vértebras y el desgraciado saltó hacia adelante, movido por una terrible convulsión. Luego cayó al suelo, arañándolo patéticamente con ambas manos. Sus piernas se agitaron unos segundos y luego, poco a poco, se fueron quedando quietas hasta inmovilizarse definitivamente.

—Arrojad esa carroña al río — dijo secamente Shado.

Después, se envolvió en la túnica, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida del lúgubre subterráneo.

Un ascensor le llevó hasta su despacho, cuya puerta sólo franqueaban sus secuaces más incondicionales. Aquella no era la habitación oficial, sino el lugar donde se refugiaba cuando no quería ser molestado o tramaba sus depredaciones.

Una silueta, esbelta y bien formada, acababa de aparecer en uno de los ángulos de la terraza superior, a unos cincuenta metros de distancia. Los dientes de Shado rechinaron de rabia,

—-¡Esa... maldita orgullosa...!—y en aquel momento, el capitán Huros irrumpió con violencia en la habitación.

—-¡Hayes ha caído al agua desde la Rueda y su cuerpo no ha aparecido!

Shado se volvió, en tanto que una indefinible sonrisa aparecía en sus delgados labios.

—No, mi querido Huros, no ha caído. Hayes se ha evadido.

CAPÍTULO VII



IEMPRE había un constante remolino en la superficie del depósito de agua de la terraza superior, que era por donde afloraba el líquido elevado a la superficie desde el túnel por medio del incesante movimiento del tornillo sinfín accionado por la Rueda. Algo

salió a la superficie, quebrantando su relativa lisura.

Los chorreantes cabellos de un hombre brillaron al reflejar la luz de los dos soles de Capella. Sacó la nariz y aspiró con ansia el aire puro del exterior.

—-Menos mal — musitó Lester para sí, en tanto nadaba con suaves brazadas hacia la orilla del depósito —; creí que iba a ahogarme.

Se cogió al borde con ambas manos, conservando apena la cabeza fuera del agua, semioculta por las plantas trepadoras que, creciendo en el lado opuesto, se desbordaban en aquel punto.

Luego, volvió un poco el rostro, viendo asomar otra cabeza en el centro del depósito. Lester emitió un suave silbido y, al instante, el armenio, orientado por la llamada, braceó hacia aquel punto.

Tharoyan se sujetó con una mano al borde, con el fin de descansar. Sonrió, en tanto miraba a su jefe.

—Una buena idea, capitán... aunque creía que ese maldito tornillo no se iba a acabar nunca.

—Arschak nos trajo unas pastillas corrientes —-contestó el joven —. Las de efecto concentrado permiten hasta dos horas de permanencia debajo del agua.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó Tharoyan.

—Lo primero—-contestó Lester—, proveernos de ropa y armamento. Después...

—Lo de las armas va a ser un poco difícil. Desde que aquella pistola radiónica estalló y liquidó a medio centenar de hombres, entre ellos el propio Director, están severamente prohibidas en el interior del palacio. No hay más que espadas...

—Tendremos espadas — contestó aquél con resolución—. ¡Vamos!

Salieron fuera, dejándose caer al otro lado. Iban desnudos a excepción de un par de trapos que cubrían sus caderas.

La terraza estaba solitaria en aquellos momentos. Era relativamente fácil ocultarse en aquel laberinto de plantas, alguna de las cuales alcanzaba la docena de metros de altura. A la izquierda se veían los muros encristalados de las habitaciones donde moraban los ocupantes del gigantesco palacio.

—Tendremos que ir con muchísimo cuidado — dijo Lester—. Abre bien los ojos, armenio.

—Conformes— repuso el aludido, y los dos, de consuno, emprendieron la marcha.

Bordearon un macizo de flores particularmente alto, procurando

pisar siempre por el césped, para no dejar las húmedas huellas de sus pies chorreantes. Así llegaron al término de la terraza, en donde se abrían los amplios peldaños de una magnífica escalinata.

Lester se detuvo, vacilando. Bajar por allí equivalía a descubrirse ellos mismos, por lo que por unos momentos permaneció irresoluto. Al fin, creyó haber hallado la solución.

—Ven conmigo —dijo, y el armenio le siguió, deslizándose ambos unos cuantos metros hacia la izquierda, en donde nacía un gigantesco matorral de plantas trepadoras.

Parte de las ramas se deslizaban hacía abajo, en apretado haz. Lester tomó una de ellas, comprobando su solidez, y luego, asiéndose con ambas manos, se dejó caer hasta la terraza inferior, situada a una docena de metros más abajo.

Sostuvo la liana hasta que Tharoyan estuvo a su lado. Entonces, dieron media vuelta, disponiéndose a penetrar en las habitaciones que se veían a corta distancia.

Pero no pudieron dar un paso. Una voz firme, enérgica, conminatoria, les dejó clavados en el suelo.

— ¡Quietos! ¡No os mováis o tendré que desintegraros!

Lester lanzó una maldición, al mismo tiempo que, como su compañero, levantaba las manos a lo alto. Murmuró con tenue acento.

—No hagas nada, Tharoyan. Esperemos a ver qué quiere...

Sintió unos pasos a su espalda. Tensó los músculos, aprestándose a intervenir en el momento preciso.

Alguien se situó frente a él. Lester lanzó una exclamación.

— ¡Espacio! ¡Tú!

Morgana retrocedió un poco, atónita y estupefacta, al verse en presencia de un hombre a quien ella creía a ciento cincuenta metros de profundidad. La pistola radiónica que empuñaba le tembló en las manos.

— ¡Lester Hayes!— exclamó, sin dar crédito a sus ojos.

El joven no se lo pensó dos veces. Aprovechándose del estupor de Morgana, saltó hacia adelante y le quitó la pistola, antes de que ella pudiera reaccionar.

Tharoyan no le fue a la zaga en rapidez. Magníficamente adiestrado, sujetó por el talle a la joven, en tanto que con la mano izquierda le tapaba la boca, con el fin de impedirle gritar.

— ¿No eras tú el que decía que aquí estaban prohibidas las pistolas radiónicas? — comentó con amargura el joven.

—Ella es la dueña absoluta de todo esto — repuso el armenio—.

¿Cómo diablos iba yo a saber que...?

Lester se aproximó a la joven, sin bajar el cañón del arma.

Por su parte, Morgana creía estar soñando. Estaba en la terraza, después de dos noches en que apenas había dormido, intentando resolver el problema que le había planteado su padre, sin que hubiera conseguido hallar una solución satisfactoria... y de repente, el hombre en quien había estado pensando, se le presentaba como surgido de la nada. Aquellos supuestos merodeadores eran, pues...

— ¿Me prometes no gritar si te soltamos?—.preguntó Lester.

Morgana asintió con un parpadeo. Lester, entonces, hizo una señal y el armenio la dejó libre.

Los ojos de la joven chispearon de cólera.

— ¿Cómo estáis aquí? ¿Quién os ha permitido venir?

Lester soltó una carcajada.

— ¿Has oído, Tharoyan? ¿Quién nos lo iba a permitir? No iban a ser tus esbirros, claro.

—Aquí corremos peligro — refunfuñó, el armenio—. Tendríamos que buscar un sitio-más seguro y menos visible.

—Tienes razón— dijo Lester, Tomó por el brazo a la joven y ordenó—: Llévanos a tus habitaciones. Es el único sitio donde a nadie se le ocurrirá registrar en busca-de dos evadidos de la Rueda. Que yo sepa, nadie lo hizo antes de nosotros, ¿verdad?

Cruzaron la terraza y franquearon el muro encristalado, sin que ella hubiera despegado los labios. Del despacho pasaron a otra estancia, que servía para descanso y recreo.

Sobre una mesita había una cesta con fruta y servicio de licores. Tharoyan fue hacia ella, tomando un par de gruesas manzanas con una sola mano, empezando a devorarlas a mordiscos.

Ella desvió la mirada, fijándola en el joven.

— ¿Qué pensáis hacer conmigo?— inquirió.

Lester se frotó la mandíbula.

—Pues la verdad es que... nada malo, por supuesto. Lo único que te pedimos es que nos facilites la fuga.

Morgana recapacitó un instante. Aquella era la ocasión que tanto había ansiado. No sabía cómo, pero los dos guerrilleros se habían evadido de la Rueda, con lo cual estaba solucionado el terrible dilema que, de modo tan inesperado, le había planteado Wumion. ¿Qué más podía pedir?

— Acepto — dijo, cerrando un instante los ojos—. Os sacaré de aquí. Pero no podéis huir en esas condiciones.

Lester la miró con aire reluctante. No acababa de creer lo que oía. ¡Ceder Morgana... con tanta facilidad!

— ¿No estarás tratando de tendernos una trampa...?

—Os lo juro. Haré cuanto pueda por sacaros de aquí. Pero antes tendréis que equiparos. ¿Cómo pensáis hacerlo?

Lester se miró el desastrado aspecto que ofrecía. Todavía mostraba en su tórax las señales de los latigazos, en tanto que la barba le había crecido casi medio palmo en aquel lapso de tiempo.

—La barba no importa—dijo—; así dificultaremos la posibilidad de que alguien nos reconozca. ¿Y la ropa?

Ella meditó un segundo. Luego dijo:

—Llamaré a uno de los soldados de la guardia.

—Somos dos, no lo olvides — objetó el joven.

—Haré que traigan ropas para ambos. Esperad aquí un momento.

— ¡Quieta!— gritó el armenio, con la boca llena—. Capitán, ¿podemos confiar en que no va a ir a dar el chivatazo?

Ella le miró con desprecio.

—Debieras saber que un Director no tiene más que una sola palabra.

—Eres una plationita y yo un terrestre. Capitán, asegurémonos de que esta... señora no nos va a traicionar.

—Debes comprender nuestra posición, Morgana.

La joven se encogió de hombros.

—Bueno, entonces, hacedlo vosotros.

Lester tomó una rápida decisión.

—Asómate a la puerta y llama a uno de los guardias. Nosotros estaremos aquí ¡y cuidado con extralimitarte!

Morgana asintió, en tanto se dirigía hacia la puerta. Lester corrió a su lado, situándose, lo mismo que Tharoyan, en el extremo opuesto.

La joven abrió y lanzó un grito. Al instante se oyó un rumor de pasos en el corredor exterior.

Morgana retrocedió un poco,

-—Pasa; tengo algo que mandarte — dijo a alguien que todavía no se veía desde aquel punto.

El guardia penetró, ignorante de lo que le esperaba. Franqueó el umbral, dando dos pasos en el interior de la estancia, y apenas lo había hecho, dos potentes zarpas se cerraron sobre su garganta.

Lester cerró la puerta de inmediato, en tanto que ella, muy pálida, se apoyaba sobre el muro, mordiéndose los labios para no gritar.

—Sólo atontarle, Tharoyan; mientras podamos, no hemos de matar.

El armenio gruñó algo ininteligible. Un ronco sonido de escapó de la garganta del guardia, cuyo cuerpo se aflojó de repente.

—Ya está bien. Suéltalo—ordenó Lester, y Tharoyan obedeció.

—Bien, ya tenemos ropas para uno. Ahora — miró hacia la muchacha—, necesitamos otro. Y tiene que ser alto, porque de lo contrario no serviría la ropa. Anda, pronto.

De nuevo repitió ella la operación. Pero cuando el soldado se hubo asomado a la puerta, sin cruzarla, Morgana le dijo:

—-No, tú no. Que venga Mordysh. Es más alto y más fuerte y él podrá hacer mejor lo que necesito.

El soldado se retiró, en tanto que Morgana volvía a cerrar. Apoyó sus espaldas en la puerta, jadeante, mirando con ojos desorbitados a la pareja de hombres que aguardaban allí, contemplándola en un ceñudo silencio.

Cinco minutos más tarde, unos nudillos tocaron a la puerta.

Lester miró en silencio a Tharoyan. Este asintió de la misma forma.

Un hombre penetró en la estancia. Era alto, gigantesco, y sus rodillas se doblaron cuando recitó el primer culatazo, pero no cayó. Fue preciso que Tharoyan descargara todo el poderío de su puño cerrado en la nuca del soldado para que éste se desplomara exánime al suelo.

Inmediatamente, Lester entró en acción. Tomó a su hombre por bajo de las axilas, después de haber pasado la pistola al armenio, y lo arrastró hasta la vecina habitación, de la que salió pocos minutos más tarde, completamente transformado.

Tharoyan soltó una alegre carcajada al verlo.

—-No te conocería si no me lo dijeran, jurándomelo de rodillas. ¡Magnífico!

—Ahora te toca a ti. Date prisa. El tiempo apremia...

El armenio repitió la operación. Cuando hubo concluido, salió, haciendo retiñir la vaina de su espada contra sus poderosos muslos.

No podremos llevarnos la pistola — murmuró melancólicamente —. Descubrirían la trampa en seguida.

—Da igual — contestó el joven—. Vestidos de esta forma, nadie reparará en nosotros. Y ahora...

Alargó la mano y asió el brazo de la joven.

— ¿Qué es lo que pretendes de mí? — gritó ella.

—Simplemente, nuestra seguridad. Que nos acompañes con objeto de que nadie pueda interferir nuestra salida.

Ella se mordió los labios.

—No es costumbre que un director salga al exterior acompañada por dos de los hombres de su guardia— adujo.

—Tampoco es costumbre que se hagan preguntas a los Directores sobre lo que hacen o dejan de hacer. Alguna vea tendría que ser la primera, ¿no?

Morgana se encogió de hombros.

—A vuestro gusto. En las condiciones en que me encuentro, no tengo otra opción.

Salieron. Había un amplio corredor, parte de cuyos muros estaban completamente encristalados, dando a otra sección de la terraza. En el extremo más alejado se encontraba la puerta que daba al ascensor que los llevaría a cien metros más abajo, en donde estaba su salvación. Y Lester confiaba en ello, ya que aquel ascensor era utilizado únicamente por personas de muy elevada categoría.

Pero apenas si pudieron dar dos pasos. Alguien gritaba.

Era Shado, el cual corría, seguido de otro hombre con emblemas de capitán, al mismo tiempo que agitaba frenéticamente las manos.

— ¡Cuidado, Tharoyan; no te precipites! —le recomendó el joven —. Ten en cuenta que no nos ha visto con barba. Si mantenemos la serenidad, podremos salir de ésta.

El gigante asintió, adoptando, lo mismo que su jefe, una rígida actitud, a un par de pasos de la joven.

Shado abrió una encristalada puerta y pasó al corredor. Jadeaba.

—Señora, malas noticias — exclamó.

Ella arqueó las cejas.

Preguntó, con Indiferencia:

— ¿Sí? ¿De qué se trata?

Shado explicó:

— ¡Ese malvado... traidor...! Me refiero, naturalmente, al capitán Hayes... Se ha escapado. Ha huido de la Rueda.

— ¡Eso es imposible! —exclamó Morgana, desempeñando magníficamente su papel.

El jefe de policía afirmó:

—Pues lo ha hecho. Y de una manera increíble, fantástica.

—No hay quien pueda romper las líneas de la guardia del subterráneo. ¿Acaso has bebido, Shado?— dijo ella con desdén.

Ei jefe de Policía palideció.

— ¡Señora!

—Dispénsame —dijo Morgana, dulcificando su tono—. Cuéntame, ¿cómo ha sido?

—De una manera que a nadie se le hubiera ocurrido. Sobornó a uno de los guardias para que le facilitara un par de pastillas de oxígeno, una de las cuales entregó a un compañero suyo, un gigante llamado Tharoyan, Después, fingiendo agotamiento, se dejaron caer al agua y nadaron bajo la superficie, hasta alcanzar el extremo de entrada al tubo que aspira el líquido hasta el depósito superior. Sospechamos — concluyó Shado sagitadamente—, que pueden hallarse aquí.

—Yo no he visto nada — mintió la joven—. Y he estado un buen rato en la terraza.

—Son dos — continuó el policía —. Hayes es alto, pero su compañero le rebasa en una cabeza al menos. Como...—y buscando un término de comparación, miró al gigante.

Le señaló.

Tharoyan no pestañeó tan siquiera, muy poseído del papel que estaba desempeñando.

—Como ese — terminó Shado.

—Muy bien—dijo Morgana—. Es una verdadera lástima que un bandido tan notorio haya conseguido huir. Supongo que con tu astucia y habilidad no podrá ir muy lejos.

—No — dijo Shado, rechinando los dientes de rabia—, no irá lejos. Y esta vez, espero, me permitirás enviarlo al verdugo para que lo ejecute.

—Por supuesto — contestó ella sosegadamente—. No puede permitirse que un hombre así ande suelto por la ciudad, preparando más golpes contra los honrados ciudadanos de Ulyna. Pero tú sabrás dar con él, ¿verdad?

—Muy pronto lo encontraré, y entonces...—Shado recuperó la compostura y sonrió—. Entonces, tendré el gusto de anunciarte su captura e inmediata ejecución.

—Será un placer para mí oír tan agradable noticia. Y ahora, sí me lo permites, he de salir de palacio.

— ¿Con ese bandido circulando libremente por las calles de la ciudad?

Morgana señaló a los dos hombres.

—Para eso llevo a estos dos soldados de guardia, últimamente, el ambiente no nos era muy propicio, ¿recuerdas?

Shado asintió.

—Todo eso son consecuencias de las fechorías del malvado Hayes. Ha conseguido ponerla opinión pública en favor suyo y... Ten cuidado, señora, te lo aconsejo.

—No creo que haya ningún plationita capaz de atacar a una mujer— repuso ella— . Por lo menos, son galantes. ¡Adiós, Shado, adiós, capitán!

Echaron a andar, sin darse cuenta de que Huros tomaba por el brazo a su jefe, cuchicheándole algo al oído. Los ojos de Shado se dilataron y, sin pensárselo dos veces, exclamó:

— ¡Un momento, señora!

El trío se detuvo. Lester apretó el puño de su espada.

Shado corrió hacia la joven.

—Permíteme un instante, sólo un instante. Quisiera...

Morgana frunció el ceño.

Le preguntó:

— ¿Todavía no has terminado, Shado? ¿Qué nueva idea se te ha ocurrido ahora?

Una singular sonrisa se dibujó en los labios del policía.

Explicó:

-—Quiero interrogar a estos dos soldados. Hacerles un par de preguntas, muy sencillas, sin importancia alguna. Ellos estaban aquí de guardia y pudieron ver, quizá, a los evadidos. ¿Habéis oído?

Lester se volvió.

—No, no hemos visto a nadie por aquí, señor. Nadie...

—Desde luego. No habéis visto, a los evadidos, por la sencilla razón de que sois vosotros.

Shado dio un paso atrás y lanzó un aullido.

— ¡Huros, dispara! ¡Mátalos, mátalos!

CAPÍTULO VIII



AS leyes se han hecho para ser contravenidas», pensó amargamente el joven, en tanto veía a Huros desenfundar una pistola radiónica. Se dispuso a la acción; no iba, a dejar que le friesen como un pollito.

Morgana lanzó un grito de intimación, que no fue obedecido. En aquel momento, algo pesado y brillante cruzó raudo el espacio.

Huros exhaló un rugido de dolor. Sus dedos se abrieron y la

pistola cayó al suelo, que él tocó un instante con las rodillas, en tanto que con la otra mano intentaba arrancarse la espada que Tharoyan acababa de lanzarle con fulmíneo gesto.

Pero no pudo extraérsela.

Barbotando obscenas imprecaciones, Shado se arrojó sobre la pistola caída, intentando recogerla. Pero su acción fue demasiado lenta para los veloces movimientos del joven.

Una ráfaga de ira cruzó ante sus pupilas. Recordó las largas horas de tortura, suspendido por los pulgares, el implacable apaleamiento que había sufrido y la muerte en vida que había sido el trabajo en la Rueda.

En el último instante, logró arrancar de sí la idea de matar. Se limitó a levantar el pie y golpear con la punta del mismo el mentón del policía. Los huesos de la quijada de Shado chasquearon.

Mientras éste se desplomaba inerte al suelo, Tharoyan se había acercado al capitán Huros, el cual le miró con ojos desorbitados por el pánico.

—Debería ahogarte con mis manos— refunfuñó el armenio.

Se inclinó y puso una mano en la frente de Huros, en tanto que con la otra tiraba fuertemente de la espada, que se había clavado en el hombro del capitán, hasta salirle la punta por el otro lado.

Huros lanzó un aullido de dolor cuando el arma salió de la herida, junto con un río de sangre, Tharoyan le empujó fuertemente y el esbirro cayó al suelo.

— ¡Busca quien te cure! —masculló Tharoyan, en tanto limpiaba la enrojecida hoja en los propios ropajes del desvanecido Shado. Después volvió la espada a su vaina y miró a su jefe—. ¿Estamos listos?

Lester volvió los ojos hacia ella.

—Tú nos franquearás el paso —dijo—. Búscate una buena excusa para disipar las sospechas que puedan levantarse al ver una pistola en mis manos.

Morgana asintió, muy pálida y todavía estremecida por el recuerdo de la lucha que acababa de desarrollarse a unos pasos de ella.

—De acuerdo, aunque no creo que sea necesario. Vamos.

Con paso rápido se encaminaron hacia el ascensor, en cuya caja se metieron. La puerta se cerró, justo en el instante en que Huros, arrastrándose sobre el suelo, se dirigía a una de las habitaciones interiores.

El descenso fue rápido y sin incidencias. Cuando el indicador

señaló la planta, el aparato se detuvo de modo automático y la puerta se abrió por sí sola.

Había dos Azules de guardia, los cuales enderezaron sus cuerpos al ver al Jefe Supremo del Sistema. Saludaron rígidamente, en tanto Morgana y sus dos acompañantes cruzaban el vasto «hall» de acceso al palacio, lleno a aquellas horas de gente que acudía a la mansión residencial del gobierno para despachar sus asuntos.

Varios de los guardias cuidadores del orden se cuidaron de abrirles paso. Un coronel, obsequioso, se precipitó a pedir órdenes.

—Mándame, Director. ¿Deseas algo?

—Sí, gracias — contestó ella—. Necesito un atóbil.

—Lo tendrás en el acto, señora.

El coronel levantó una mano y un guardia se precipitó hacía la entrada. Saludó después, en tanto ella y sus acompañantes se dirigían hacia la salida, entre dos espesas filas de público.

Alguien lanzó un agudo silbido. Morgana se volvió y miró con gesto glacial hacia el lugar de donde había brotado el reprobatorio sonido.

— ¡Detened a ese sinvergüenza!—gritó el coronel, y al instante se produjo un pequeño revuelo entre los guardias.

—Dejadlo — exclamó ella—; no tiene la menor importancia. Gracias de todas maneras, coronel.

Siguieron su camino. La puerta, enorme, gigantesca, estaba totalmente despejada. De allí partía una amplia escalinata, compuesta-por una veintena de larguísimos peldaños, a cuyo pie se divisaba ya un vehículo preparado, cuya puerta tenía abierta un guardia situado en rígida postura.

Se oyeron un par de silbidos más. Morgana cerró los ojos. Pero siguió avanzando. Franqueó el umbral.

En aquel momento, el silencio fue roto por un nuevo sonido: duro, metálico, el de unos altoparlantes gigantescos emitiendo una consigna totalmente nueva.

— ¡Detened al Director! ¡Un par de forajidos terrestres han secuestrado a Morgana! ¡Matadlos sin compasión! ¡Son el capitán Hayes y uno de sus guerrilleros, evadidos de la prisión! ¡Veinte mil «garants» de recompensa al que consiga rescatar al Director de las garras de esos forajidos!

Instantáneamente se produjo un gran revuelo. Lester lanzó un agudo grito.

— ¡Tharoyan, llévatela! ¡Yo protegeré vuestra huida!— y echó mano a la pistola que había metido en el cinturón del cual pendía la

espada.

El armenio tomó el brazo de la joven, al mismo tiempo que desenfundaba la espada. Hizo volar la de un guardia de un seco mandoble y después se tiró a fondo. Se oyó un desgarrador alarido.

Mientras tanto, Lester había vuelto la espalda a la puerta y blandía amenazadoramente su pistola. Un par de esbirros trataron de abalanzarse sobre él, pero supo contenerles con un par de descargas que practicaron sendos orificios en el suelo.

Los megáfonos seguían desgañitándose. Lester retrocedió, apuntando a derecha e izquierda, conteniendo así los afanes cíe los esbirros, anhelosos de ganarse, la recompensa ofrecida.

—No quiero matar a nadie — dijo—pero si me obligáis a ello, dispararé a 1a carne.

Se oyeron varios « ¡Bravo!» y «¡'Viva el capitán Hayes!». Un movimiento de reflujo empezó a observarse entre la muchedumbre.

Los guardias se dieron cuenta de que ahora tenían que atender a más de una sola persona y se volvieron para calmar las impaciencias de los descontentos. Su actitud fue acogida con alaridos de protesta, mezclados con un impresionante coro de silbidos.

Súbitamente, Lester se dio cuenta de algo raro. Fue la intuición más que nada lo que le salvó en aquella ocasión.

Dobló las rodillas, en el preciso instante en que un fulgurante rayo pasaba por el lugar que había ocupado su pecho una décima de segundo antes. La descarga radiónica se llevó media columna.

Lester contestó con otro disparo. No había más alternativa si quería salir ileso de allí. El antes obsequioso coronel se volatilizó como si jamás hubiera existido.

El joven se dijo que era hora ya de emprender la retirada. Volvió la espalda y a grandes zancadas empezó a descender la escalera.

Llegó el atóbil, delante del cual se veía un cuerpo inerte, bañado en su propia sangre. La puerta estaba abierta, sostenida por el armenio.

— ¡Aprisa, capitán! ¡Esto se pone al rojo vivo!

No lo pensó dos veces y se zambulló en el interior del vehículo, en el asiento trasero, justo en el instante en que el vehículo arrancaba a toda marcha. Golpeó sin querer a la joven y Morgana lanzó un grito de dolor.

—Dispénsame —jadeó, tratando de recuperar el equilibrio perdido. Pero le costó más de lo necesario, porque el atóbil huía del palacio a toda velocidad, dejando tras sí a un puñado de chasqueados esbirros.

En pocos segundos se sumergió el coche en la densa corriente del tránsito. Éste era muy espeso en Ulyna, y gracias a ello pudo pasar desapercibido a los coches llenos de guardias que se habían lanzado en su persecución.

Pero aquel respiro era sólo momentáneo. Lester sabía que en cuanto Shado se recobrase, organizaría una feroz persecución, dura e implacable y que tendrían que obrar con mucha astucia para salir libres de la misma.

Durante un buen rato, consiguieron eludir a sus perseguidores, sumidos, como un atóbil más, en la densidad del tránsito. Pero Lester pensó que aquello no podía durar mucho.

—Tenemos que hacer algo, Tharoyan — dijo—. No podemos estar dando vueltas continuamente.

Una pareja de Azules, estacionada en una esquina, al lado de un atóbil descubierto, pareció mirarles con suspicacia. Afortunadamente, estaban del lado de Lester, con lo que el joven pudo ocultar, con su cuerpo, la figura de Morgana. El peligro pasó y Lester emitió un suspiro de alivio.

— ¿Por qué no vamos a la «Estrella Negra»? —-sugirió el armenio.

—Imposible. La taberna estará más vigilada que nunca. Nos apresarían inmediatamente. Hemos de buscar otro medio.

—8i pudiéramos llegar a donde vive nuestro jefe — murmuró Tharoyan.

— ¡Vaya! ¡Ahora resulta que los famosos guerrilleros tienen un jefe! — dijo sarcásticamente la joven—. ¿No jurabas y perjurabas que no había nadie por encima de ti?

— ¿Qué querías que hiciera... delatarlo?

— ¿Y hubieras sido capaz de morir por él?

—Pues claro que sí. Ya sabía lo que me podía suceder si un día me atrapaban.

— ¿Y quién es tu jefe?

—No lo sé —dijo—. Nunca le he visto las facciones. Siempre me ha recibido envuelto en una máscara que le cubre de pies a cabeza. Sólo sé dónde vive, pero, naturalmente, no te lo voy a decir.

—Es lógico—-contentó ella—. ¿Cuándo me vais a soltar?

Lester miró a través de los vidrios de la ventanilla. Empezaba a obscurecer, uno de los soles del sistema binario de Capella se había ocultado ya y el otro se acercaba rápidamente al horizonte.

—Esperaremos a que se haga de noche. No queremos correr riesgos.

El tiempo pasó lentamente. Tharoyan, impasible, hizo que el atóbil diese vueltas y más vueltas por las avenidas más céntricas y concurridas, hasta que, al fin, la luz artificial substituyó a la natural.

—Bueno—.dijo Lester—, para en la próxima esquina. Te dejaremos el coche a ti, naturalmente.

— ¿No teméis que os apresen? — preguntó Morgana con curiosidad.

—Yendo solos nos haremos menos visibles que en tu compañía. Tu presencia nos sirvió para salir del palacio. Ahora... ya no te necesitamos. Gracias — sonrió burlonamente el joven—, por tu cooperación.

— Si os apresan otra vez, no habrá compasión para vosotros.

Lester alzó los hombros. El atóbil frenó.

— Es un riesgo que hay que correr— dijo—. Cuando uno desea vehementemente una cosa, desafía todos los peligros, que le salen al paso.

—Y, a lo que parece, lo que más ansias tú es la independencia total de tu planeta,

—Por supuesto. O por lo menos, que entre a formar parte de los Sistemas Asociados, con plenitud de deberes y derechos, y no como una colonia de Capella, que es lo que está sucediendo ahora.

—Darías tu vida por conseguirlo.

— ¿Qué es lo que he hecho hasta ahora? Vosotros llegasteis a nuestro planeta, imponiéndonos vuestro yugo, merced a las poderosas armas que decíais podían barrer a la humanidad de la faz de la Tierra. Y era cierto, esta es nuestra desgracia. En un principio, no niego que se os acogiese con benignidad e incluso con alegría. De un solo golpe suprimisteis todo el constante peligro de guerra que siempre latía entre los terrestres. Nos hicisteis unirnos, esta es la verdad.

»Pero después mostrasteis vuestras verdaderas intenciones, vuestra constante ansia de dominar más y más mundos y poco a poco, lo que en un principio fue acogida como un simple protectorado, se convirtió en una tiranía imposible de soportar. Nos solucionasteis el problema de la superpoblación, enviando cientos de millones de terrestres a colonizar planetas habitados en naves colosales, capaces de contener veinte y treinta mil personas, con toda facilidad. Esto no era compasión, sino un acto deliberado para debilitar nuestra fuerza, y lo que en un principio fue facilitarnos nuestra emigración, se convirtió después en deportaciones en masa. Una sola de vuestras armas más pequeñas podía barrer con toda facilidad un Cuerpo de Ejército nuestro, en tanto que una de las bombas atómicas que fabricábamos

apenas si rascaba la pintura de vuestras naves. Suprimisteis los gobiernos terrestres, substituyéndolos por un yugo implacable y pesadísimo, sujetos a todos vuestros caprichos.

»Pero aunque vuestro dominio hubiera sido infinitamente benigno, tampoco lo habríamos soportado. Podemos ser socios, pero nunca esclavos, entiéndelo bien. Si hasta los propios plationitas murmuran de vuestro gobierno, ¿cómo quieres que un terrestre, por poca decencia que tenga, no se subleve contra lo que considera una indignidad y una humillación que ya dura desde siglos?

Ella permaneció silenciosa después de la dura requisitoria del joven.

—Fuiste elegida por una máquina, Morgana, pero las máquinas no tienen corazón, no saben lo que sucede en el interior de los hombres y menos aún en el de un terrestre. Tampoco pedimos cosas superfluas; sabemos que, asociados con vosotros, bajo la base de un gobierno libre y justo, alcanzaremos la verdadera prosperidad que siempre hemos anhelado. Pero hemos de ser nosotros mismos, decidiendo con entera libertad y sin coacción de ninguna clase, los que hemos de determinar cuál ha de ser nuestro futuro. Y vosotros habréis de acatar nuestra decisión, un día u otro, que, inexorablemente, ha de llegar. No se puede tener eternamente sojuzgado bajo la bota a todo un pueblo que siempre ha sido libre e independiente. Los terrestres queremos gobernarnos por nosotros mismos, y mientras que no lo hagáis, mientras que no accedáis a nuestras justas peticiones, siempre habrá un guerrillero luchando contra vuestro yugo.

Pasaron unos segundos en silencio. Después, Morgana dijo;

— ¿Puedo irme ya?

Lester asintió. Abrió la portezuela y se apeó. El armenio le siguió a continuación.

Morgana pasó al lado del piloto. Un instante miró al joven como si quisiera decirle algo, pero luego, apretando fuertemente los labios, oprimió el botón de mando y puso en marcha el atóbil.

Los dos hombres permanecieron en pie unos instantes, completamente inmóviles, viendo desaparecer en la lejanía las rojas luces de cola del vehículo. Cuando éstas se hubieron esfumado por completo, Tharoyan dijo:

—La has apabullado, capitán.

—Este discurso tendría que habérselo espetado a los miembros de su gabinete. La Máquina elige un Director, es cierto, pero no todos saben serlo.

—Sí — murmuró el armenio, el cual, acto seguido, preguntó—:

Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

Lester se pellizcó los labios un instante, meditando; después, dijo;

—Vamos a ver a nuestro jefe. La noticia de nuestra evasión se ha extendido lo suficiente para que no haya podido enterarse. A él no le falta nunca información y podrá darnos instrucciones.

—Tendríamos que pedirle nos sugiriera alguna idea para liberar a nuestros compañeros.

—-Esa será una de las primeras tareas a realizar — replicó el joven con resuelto acento—. ¡Vamos!

* * *

Tharoyan lanzó un suspiro de satisfacción y terminó de vaciar el plato, haciendo que el último bocado de comida llegara a su estómago con la poderosa ayuda de un vaso de rojo vino. Se acarició el vientre y miró a su jefe.

Los dos se habían bañado y aseado, limpiándose la suciedad que habían adquirido durante su larga estancia en la Rueda y que ni siquiera el tránsito por el tornillo sinfín había sido capaz de quitar de su epidermis. Igualmente se habían despojado de las barbas, y ahora, vestidos con unos sencillos trajes de tejido esponjoso, que se adaptaban a sus cuerpos como una segunda piel, provistos, además, de sendas pistolas radiónicas y de una buena suma de dinero que acaso podían necesitar, se sentían como nuevos.

Estaban en el lugar donde habitualmente recibían las órdenes, una casa situada en un barrio tranquilo de la capital, y que exteriormente no ofrecía nada que pudiera infundir sospecha alguna a los vigilantes ojos de los esbirros de Shado. Siempre habían acudido allí y en la presente ocasión, además de las ropas y vituallas, hablan hallado armas y dinero.

El interior era sencillo y de buen gusto, aunque sin lujos excesivos; en suma, una vivienda como había millones en Ulyna. Nadie había reparado nunca en ella, ni nadie, tampoco, sería capaz de preocuparse por una casa de aspecto corriente y que no ofrecía nada de particular en el exterior.

Tharoyan consultó su reloj, después de haber encendido un cigarrillo y, a través del humo, contempló el joven, que aparecía sentado, con aire meditabundo, sin dar señales de hablar. Comprendió lo que sucedía en su interior y le disculpó, Tosió para llamar la atención. Lester levantó los ojos.

El armenio le enseñó el reloj. — ¿No crees que ya es hora de que el jefe nos hable?

—Parece ser que sí, pero recuerda que no ha sido nunca estrictamente puntual.

— ¿Y qué haremos si no nos llama? Nuestros compañeros están allí, en la Rueda. Hemos de arbitrar un plan para liberarlos.

—Ten un poco de paciencia, Tharoyan. Unas cuantas horas más de pataleo no les perjudicarán gran cosa. Ellos saben que hemos conseguido evadirnos y que los salvaremos o dejaremos el pellejo en la empresa. Sabrán esperar.

El armenio asintió. Aplastó el cigarrillo contra un plato y luego dijo:

— ¿Qué hará ahora la chica, Lester?

El joven se encogió de hombros, sin contestar. Tharoyan prosiguió;

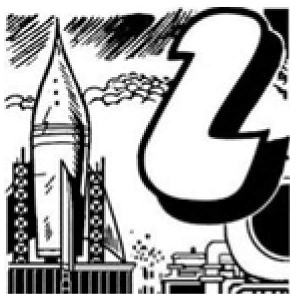
—Si medita bien en lo que le has dicho, deberá influir en sus compañeros de gabinete para modificar el actual «statu quo» de la Tierra, ¿No lo crees así?.

—Posiblemente, por parte de ella. Pero Shado y los demás son gente que no se deja convencer si no es por la fuerza.

—Entonces — dijo ceñudo el armenio—, usaremos la fuerza. Y esos...

Tharoyan se interrumpió, súbitamente. La luz acababa de apagarse.

CAPÍTULO IX



ESTER se agarró con fuerza al borde de la mesa. No hizo el menor gesto defensivo, porque de antiguo conocía ya lo que Iba a suceder.

Su jefe iba a hablarles. Siempre había actuado de la misma forma, en las tinieblas, sin dejar ver su rostro, pero dándoles instrucciones precisas y competentes.

Sin embargo, en la presente circunstancia, la cosa sucedió de un modo algo diferente. Frente a ellos, un lienzo del muro se iluminó suavemente, con un resplandor fosforescente que no alcanzaba a disipar del todo las tinieblas.

Una alta silueta surgió ante sus ojos. Envuelta totalmente en una túnica negra, no permitía adivinar el menor detalle fisonómico que pudiera identificarla.

Una voz brotó de la sombra.

— ¿Capitán Hayes?

Estoy aquí, jefe—-dijo el aludido.

—Celebro tu astucia y habilidad. Ha sido un buen golpe para esos presumidos plationitas.

—-Me alegro de que lo veas así, jefe.

—Sin embargo, tengo que reprocharle lo que has hecho. Te has precipitado al evadirte de la Rueda y has estado a punto, sí no lo has conseguido, con tu imprudente conducta, de estropear todos mis planes cuidadosamente trazados.

—No habíamos recibido ninguna noticia tuya, jefe. Creíamos que...

Una amarga sonrisa brotó de la sombra.

— ¿Creíais que me habían atrapado a mí también? ¿Por quién me has tomado, capitán? ¿Cómo se te ocurrió pensar que iba a dejaros abandonados a vuestra suerte?

—-De no haber sido por la propia Morgana, nos hubieran ejecutado.

—-Ese es un punto más a favor de la chica. Ella no tiene mal corazón; lo que sucede es que ha sido educada como una plationita.

—Supongo que no estaremos aquí para hablar de Morgana—-dijo Lester con acento impaciente.

—-¿Te molesta?

El joven apretó los labios y no contestó.

—Estás esperando que te dé instrucciones para salvar a tus compañeros.

—Justamente. No puedo permitir que se pudran allá abajo.

—Saldrán. Pero en el momento oportuno. Ahora lo que tienes que hacer es volver a palacio.

— ¿Al palacio?—-exclamó estupefacto el joven—. ¡Estás...!

—Reprime tu lengua, capitán. Irás al palacio porque yo te lo ordeno. ¿Es que no te has enterado de las últimas noticias?

—Pues, no, francamente, no.

—Shado ha destituido a Morgana y, eventualmente, se ha hecho proclamar Director, hasta tanto la Máquina decida.

— ¡Una Máquina! —bufó el joven—. Así es la civilización plationita.

—Cierto, pero eso a nosotros no nos incumbe, por el momento. Ahora lo que interesa es que vayas a palacio y liberes a Morgana. Como digo, Shado se ha adueñado del poder y ha acusado a Morgana ante el Gran Consejo de estar en connivencia con los terrestres. Si la chica es juzgada, la pena sólo puede ser una, Hayes, y tú lo sabes.

—La guardia del palacio estará reforzada.

—Pero tú la franquearás. Eres muy listo y astuto.

—Hay ocasiones en que la astucia no sirve de nada.

—Cualquiera diría que te molesta te hable de Morgana, capitán.

Lester soltó un resoplido de incomodidad. Se oyó una leve risita.

—Guapa chica, ¿eh? ¿Crees que ella sería capaz de casarse con un terrestre… como tú, por ejemplo?

El corazón de! joven latió violentamente. Pero supo reprimirse.

— ¿Vale la vida de una enemiga tanto como la de diez de

nuestros compañeros?

—En este caso, sí — dijo rotundamente la sombra—. Te lo digo porque, una vez que hayáis liberado a Morgana, ésta lanzará una proclama, acusando de traidor a Shado, al mismo tiempo que anunciará la iniciación de negociaciones para situar a la Tierra en plan de igualdad con los Sistemas Asociados. Hay mucha gente que se inclina por este plan y la sugerencia de la joven sería bien acogida, en general. Aparte de que, y esto es rigurosamente cierto, como tú sabes, la masa odia a Shado. Todo aquel que se ponga en contra del Jefe de Policía tendrá de inmediato una nube de incondicionales.

—-Pero yo no voy a empezar a gritar por la calle y reunir la chusma para arrojarme con ella sobre el palacio. Los guardias nos diezmarían como conejos.

—Lo sé. Yo no puedo decirte más. Pero hay alguien que lo hará por mí.

— ¿Quién?

—Ve y habla con Wumion. Él te dará el resto de las instrucciones. No pierdas un minuto. Cuanto antes, mejor. El Gran Consejo se reúne esta misma noche, dentro de cuatro horas. ¡Adiós!

La sombra calló. Lester se puso en pie, observándola atentamente, lleno su espíritu de un súbito presentimiento.

Bruscamente, de una manera tal que llenó de .sorpresa a su compañero, saltó hacia adelante.

Al mismo tiempo que lo hacía, se cubrió el rostro con los brazos. Hubo una explosión da vidrios rotos y Lester se encontró al otro lado del destrozado muro de cristal.

Se abalanzó sobre la negra silueta que permanecía inmóvil y la tomó con una mano, en tanto que con la otra tiraba del manto que la cubría.

Todo esto lo hizo en tanto volvía la luz tan misteriosamente como se había ido. Apenas hubo concluido, lanzó un grito de sorpresa, coreado por una enérgica interjección de Tharoyan.

¡No había tal persona, sino una simple estatua, fijamente sujeta al suelo y que ni siquiera se estremeció al impacto con el cuerpo del joven!

Lester retrocedió un par de pasos, lleno de aturdimiento.

— ¡Espacio!—masculló el armenio—. Cualquier cosa podría haberme esperado menos esto. ¡Una estatua!

El joven, una vez se hubo repuesto de la sorpresa, se aproximó a la estatua, examinándola con detenimiento, lo mismo que el velo que había arrancado.

El tejido del velo era muy fino y permitía ver a su través. Con la prenda en la mano, Lester levantó sus ojos hasta los de la estatua, dándose': cuenta de que tenía unas falsas pupilas que no eran otra cosa que unos diminutos objetivos de televisión, que permitían captar las imágenes de cuanto sucedía en la estancia. La boca de la estatua, entreabierta en una suave sonrisa, permitía, deducir que era por allí por donde salían los sonidos, sirviendo igualmente de receptor para las respuestas.

Pero a Lester aún le quedaba otra sorpresa por recibir.

— ¿Te has fijado a quién representa la estatua?

— preguntó Tharoyan.

—Si. Es muy fácil de reconocer. Pero lo encuentro demasiado...

— ¿Absurdo?

Lester se pasó la mano por la frente.

—No sé qué pensar. Tendré que dejar pasar algún tiempo antes de tomar una decisión.

—Ya será después de haber visto a Wumion — dijo el armenio—. El jefe nos ha ordenado salvar a Morgana.

—Sí — murmuró Hayes—, tenemos que salvarla,

— ¿Nos disfrazamos?

—Bueno. Creo que un simple bigote postizo será más que suficiente.

Un cuarto de hora más tarde, los dos hombres salían de la casa. Llamaron un atóbil y ordenaron a su conductor les llevara a un lugar situado en las inmediaciones de la «Estrella Negra».

Poco tiempo después, Wumion aparecía ante ellos, en uno de los reservados de la taberna. Les miró con más suspicacia que sorpresa.

— ¿Qué instrucciones tienes que darnos?— preguntó el joven, después de los primeros preámbulos.

—Salvar a Morgana. El Gran Consejo se reúne dentro de tres horas. La condena ya os la podéis suponer.

—No he vivido siempre en Plation. ¿Qué dice la ley en un caso como éste?

—Muerte inmediata. Antes de una hora de haber sido pronunciada la sentencia.

—Bien, procuraremos evitarlo, ¿Qué ha dicho Shado en su proclama?

Wumion le dio amplia cuenta de todo. Cuando terminó, Lester inquirió:

— ¿Qué plan tienes para llegar a la sala del Gran Consejo?

—Tú vestirás uniforme de coronel de la Guardia Azul. Tu compañero será capitán. Irán con vosotros diez hombres.

—Creía que se habían acabado los guerrilleros—dijo Lester, muy sorprendido.

—Casi— contestó Wumion impasible—. Los que van a ir con vosotros no lo son.

Lester parpadeó.

—No confió en ellos —dijo.

—El dinero puede mucho, capitán. Te obedecerán ciegamente.

—-¿Y qué vamos a hacer diez hombres, armados sólo con espadas, contra los miles que guarnecen el palacio?

—-Los «garants» han corrido como el agua en las montañas al llegar el deshielo. Hay muchos que os ayudarán en el momento oportuno.

Lester torció el gesto.

—Secreto de muchos, noticia para todos—-dijo sentenciosamente.

—Ese es un riesgo que hay que correr, capitán. Y esas son las órdenes del jefe.

Lester golpeó la mesa con el puño cerrado, en un arranque de ira.

— ¡Esas son las órdenes del jefe! —bramó, colérico—. ¡Salvar a Morgana! ¿Y nuestros compañeros? Podemos fracasar; ésta es una posibilidad que hay que tener en cuenta. Si fracasamos, ellos se pudrirán en la Rueda,

—Creía que habías prometido no discutir las órdenes del jefe —dijo Wumion con suave acento.

—Está bien—-mascculló Lester, muy irritado—. Lo haré. Pero ten en cuenta una cosa. Si salgo de ésta, que no me busquen para más empresas. Tengo ganas de descansar y dedicarme de una vez a la vida pacífica y contemplativa.

—Lo harás— dijo Wumion enigmáticamente—; yo te lo garantizo. Y ahora, las últimas instrucciones. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Durante unos diez minutos, Wumion estuvo hablando sin cesar, salvo alguna esporádica interrupción del joven para pedir aclaración sobre tal o cual punto que se le antojaba demasiado obscuro. Al terminar, se puso en pie.

Tomó una botella y llenó el vaso hasta arriba, alzándolo acto seguido.

— ¡Bebe, Tharoyan! ¡Bebe, pues quizá sea éste nuestro último trago!

El armenio soltó una estentórea risotada. Los dos hombres bebieron, mientras que Wumion les contemplaba con impasible gesto.

* * *

El Gran Consejo estaba reunido.

Pocas veces se reunía y siempre en ocasiones muy solemnes, tales como la recepción de un nuevo Director o la despedida del saliente. A veces se había celebrado una sesión necrológica en memoria de un Director fallecido antes de concluir el período de su mandato o, lo que era menos frecuente, para discutir alguna medida excepcional adoptada por el Gobierno de Plation.

Pero de entre los setenta miembros que se habían reunido en aquel vasto anfiteatro semicircular, habla muy pocos, posiblemente ninguno, que tuviese memoria de que en algún tiempo se hubiera juzgado a un Director por incumplimiento de sus deberes y mucho menos todavía por traición.

Y ahora se iba a juzgar a uno. Morgana.

Los setenta miembros del Gran Consejo estaban sentados en sus respectivos sillones, frente a cada uno de los cuales había un pupitre, previsto de todo lo necesario para tomar notas si así lo deseaban. En la parte alta y exterior del pupitre, se veía una pequeña semiesfera, en cuyo interior había una lámpara conectada a dos pulsadores situados en la tabla del pupitre. Cuando llegase la hora de juzgar, cada miembro consejero oprimiría el botón que creyese oportuno. Si la luz se encendía en rojo, significaba aprobación de la propuesta, cualquiera que ésta fuera, en el caso actual, aprobación de la condena contra Morgana. Azul era disentir, y de modo automático, en un gran marcador situado en el muro central del semicírculo, aparecerían las cifras correspondientes, apenas los consejeros hubiesen terminado de votar.

Frente al anfiteatro había una hilera menor de asientos similares, en línea recta, destinada al gobierno. Y en el centro se veía una especie de pedestal de un par de metros de altura, al que se accedía por una pequeña escalera, en el que debía situarse el acusado.

Los murmullos y conversaciones en tono menor cesaron de modo casi automático cuando Morgana penetró en el gran salón, flanqueada por dos esbirros de inexpresivo rostro. La joven sabía de sobra lo que tenía que hacer, de modo que se dirigió rectamente, sin que nadie se lo indicara, al lugar donde debía soportar la requisitoria que iba a hacérsele.

Subió, con la gracia de una reina, los peldaños, quedándose inmóvil en lo alto del pedestal. Con gesto instintivo, echó hacia atrás

la túnica con que se había cubierto hasta entonces. Lanzó una mirada circular en torno suyo, tratando de descubrir algún gesto amistoso, pero sólo encontró miradas indiferentes, cuando no hostiles.

Sintió unos pasos detrás de ella. Shado rodeó el pedestal y empezó a hablar.

— ¡Hombres y mujeres del Gran Consejo, oídme! ¡Como jefe accidental del gobierno, voy a presentar la acusación por alta traición contra Morgana, hasta ahora nuestro Director! La ley le permite defenderse por sí misma si lo desea, o buscarse un defensor de su agrado. Vosotros seréis los jueces en el presente pleito y vuestro fallo, cualquiera que fuere, será inapelable.

Se volvió hacia la joven.

Preguntó:

— ¿Deseas nombrar algún defensor, Morgana?

Ella le miró fríamente.

— ¿Para qué? Conozco por anticipado la sentencia, de modo que todo cuanto hiciera sería inútil. Adelante, Shado.

El jefe de policía se volvió, levantando la mano. Pero antes de que pudiese hablar, uno de los consejeros levantó también la suya.

—Shado, te has irrogado las funciones de Director. ¿Te das plena cuenta de lo que eso supone?

—En la actual coyuntura— dijo—, creo que me correspondía el cargo, Daley.

Éste asintió.

—Posiblemente. No estoy muy enterado de ello. Sin embargo, has de recordar que tu cargo es solamente eventual y que, después del presente juicio, tendrás que someterte a nuestra votación, la cual aprobará, o no, tu nombramiento, hasta que lo haga la Máquina.

Una chispa de ira, prestamente apagada, brilló en las pupilas de Shado.

—Soy el más respetuoso observador de las leyes —«.murmuró en tono humilde.

—-¿Y por qué no efectuar esa votación antes?— arguyo repentinamente la joven—. Se me está acusando por alguien que posiblemente ni siquiera está en condiciones legales de hacerlo. ¿Por qué Shado se ha apoderado del cargo, antes de someterle no sólo a vuestra consideración, sino a la de los miembros del gabinete?

—Contesta, Shado — dijo el consejero Daley—. Antes de juzgarla, ya se está defendiendo la acusada.

—El momento era grave. No se podía perder un segundo, ya que

cuando me enteré de la traición del Director no había ningún otro jefe en palacio. ¿Iba a permitir que la conducta de Morgana pusiera en peligro nuestra propia supervivencia?

— ¿A quién tienes miedo, tú? — preguntó ella sarcásticamente, levantando con su observación una tormenta de risas.

El presidente del Consejo se puso en pie.

Dijo con voz grave:

—Sometamos a votación el asunto. La acusada tiene razón y en su juicio hemos de observar estrictamente la ley. Que cada consejero conteste a lo siguiente: ¿Es Shado el Director eventual, en tanto la Máquina no designe uno definitivo por el período legal? No caben abstenciones, consejeros, sino solamente una de las dos respuestas, afirmativa o negativa.

En aquel momento, la puerta se abrió y doce hombres, todos ellos vestidos con el uniforme de la Guardia Azul, al mando de un coronel, penetraron en la sala, extendiéndose en un pequeño semicírculo situado frente al de los consejeros. Todos ellos iban provistos de fusiles radiónicos, de corta longitud, pero de efectos infinitamente superiores a las pistolas, y quedaron allí quietos, las armas al puño, mirando con rostro estólido la escena que se estaba desarrollando, ante ellos.

Todos quedaron asombrados.

— ¿Qué significa esto, Shado? — preguntó el presidente-—. Hasta ahora, nuestras sesiones han sido absolutamente secretas. ¿Por qué, pues, estos guardias? Responde.

Shado se inclinó servilmente.

Explicó, con voz suave:

—Señor, hasta mí han llegado confidencias de que los guerrilleros van a intentar un golpe desesperado para salvar a Morgana, En previsión de ello, pues, hice venir a los guardias, para vuestra propia seguridad.

Las últimas palabras las pronunció Shado en un tono tal, que nadie se engañó acerca de su significado. Y, por si fuera poco, la propia Morgana remachó el clavo.

Sonrió tristemente al decir:

—-Esto significa que todo aquel que vote en contra, es decir, a favor mío, será eliminado. Shado no tolera negativas, ¿o no lo sabíais?

Los dientes del policía rechinaron. Miró con furia a la joven.

Pudo dominarse al fin.

—No puede negarse — dijo, en tono aparentemente tranquilo—- ninguno de los derechos que tiene el acusado. Pero — y se volvió

hacia el anfiteatro — estoy esperando vuestra decisión, consejeros.

Estos se miraron entre sí.

Shado sonrió interiormente. En los rostros de los setenta hombres y mujeres que tenía ante sí se veía el miedo más abyecto. Había alguna mirada de cólera, pero eran las menos.

— Procédase a la votación — dijo el presidente, con voz insegura, y su mano oprimió el botón correspondiente al color rojo.

Todos le imitaron.

Una tras otra, las lámparas encarnadas se fueron encendiendo. Al terminar, un gigantesco número sesenta y siete apareció en la pantalla circular situada inmediatamente sobre la presidencia, a la vista de todos.

El consejero Daley miró desafiante a Shado y éste le devolvió la mirada. «Ya te ajustaré luego las cuentas», pensó el policía.

En aquel momento, el presidente habló:

—Shado, se te ha nombrado Director eventual.

Procedamos ahora al juicio contra Morgana. Empieza tu acusación.

CAPÍTULO X



CUSO a Morgana de estar en confabulación con los guerrilleros terrestres, de facilitarles medios para su destructora tarea y de apoyar las absurdas reivindicaciones que éstos tienen planteadas. Acuso, también, de haber indultado, aprovechándose de su cargo, al capitán Hayes y a sus hombres de la pena de muerte a que debían haber sido condenados según la ley. Acuso a Morgana de haber facilitado su evasión, primero de la Rueda y luego de su propio palacio, fingiendo

ser secuestrada. Éstas son mis palabras.

—Debes demostrar tu acusación con pruebas, Shado. La ley es terminante a este respecto — dijo el presidente.

—Solicito la anulación del juicio — dijo ella, de modo sorprendente.

Shado se volvió.

— ¿En qué te fundas?

Ella señaló los guardias armados.

—Jamás se ha celebrado aquí una sesión con soldados presentes, y mucho menos armados con fusiles radiónicos, arma cuya tenencia está terminantemente prohibida en el interior del palacio. Te acuso, de haber introducido aquí esos guardias como medio intimidatorio contra mis jueces. Y, por tanto, pido al presidente que declare la nulidad del acto, o bien que se postergue en tanto haya gente armada en la sala.

—Los guardias deben retirarse —dijo el presidente.

Shado sonrió.

—Están aquí por vuestra propia seguridad, consejeros. Las circunstancias son anormales y por ello bien puede permitirse esta ligera infracción de la ley.

Alguien protestó.

— Si los soldados continúan aquí— dijo el consejero Daley—, mi voto será a favor de la acusada, aunque nos presentes pruebas contundentes de su traición. No admito que nadie me intimide en tanto ejerzo mis funciones.

—No trato de intimidarte, sólo procuro tu seguridad, Daley-—dijo Shado untuosamente.

—-Está bien. Esos hombres te obedecen a ti y no se irán. Pero en mi pupitre verás siempre una luz azul— y se sentó.

El presidente carraspeó.

—-¡Ejem!... Ya hemos oído la acusación. Que la acusada se defienda ahora. ¿Qué dices tú a las palabras de Shado, Morgana?

Ella le miró con desprecio.

—Eres viejo y tienes un pie en la tumba y, sin embargo, te agarras desesperadamente a la vida como un recién nacido al pecho de su madre. ¿Valen los pocos años que te quedan esta vergonzosa claudicación de tu dignidad, presidente?

El aludido golpeó colérico su pupitre.

—Estábamos hablando de ti, no de mí. Defiéndete o daré el juicio por concluido.

Morgana volvió la vista hacia Shado.

— ¿Qué cargo le has prometido para después? ¿O le has dado dinero?

— ¡Silencio! —.aulló el presidente.

— ¡Morgana ha dicho la verdad! ¡Esto no es sino una parodia de juicio! — gritó Daley—. No sólo estoy a su favor, sino que me negaré rotundamente a votar.

Dos o tres más se expresaron en idénticos términos. Pero el resto de los consejeros permanecieron mudos e inmóviles en sus escaños.

— ¡A votar! —ordenó el presidente—. Cualquiera que no lo haga, sufrirá, una acusación de traición.

Esta vez las luces rojas fueron menos, pero, aun así, suficientes para obtener una condena. Cincuenta y tres luces chispearon en rojo, por diecisiete en azul.

Morgana no parpadeó. De antemano sabía lo que iba a suceder allí.

Shado lanzó una voz.

— ¡Coronel, acércate!

El interpelado dio unos pasos adelante, situándose impasible al lado del pedestal.

—Te harás cargo de la acusada, a la cual se le concede una hora de tiempo para que pueda poner en orden sus asuntos, pasado cuyo plazo será ejecutada inmediatamente.

—Eso es una indignidad y una vergüenza — gritó Daley—. Tú no eres Director sino un arribista y un aprovechado. Rechazo de plano la condena.

Shado miró con furia al consejero. Dio un paso hacia adelante, pero se contuvo la voz del presidente.

— -Recuerda— le dijo éste — que la persona de un consejero es inviolable cuando está en función de su cargo.

—Me ha insultado.

—Ha expresado su opinión, un poco dura, es cierto, pero opinión al fin y al cabo. Y ahora, que los guardias se lleven a la acusada.

El coronel se volvió, alargando el brazo para ayudar a Morgana a descender la escalera. Pero el movimiento, hizo que su rostro quedara frente al de Shado.

Éste frunció el ceño. Aquella cara le parecía conocida.

— ¡Un momento, coronel!—dijo, acercándosele rápidamente.

Lester le miró, impasible.

—Tu cara me parece conocida — murmuró el policía suspicazmente.

—Es natural, señor. Me habrás visto en tu guardia..., ¿recuerdas?

Shado se acarició la mandíbula.

— ¿En mi guarda... o rodeado de mis guardias..., Lester Hayes?

El silencio se hizo apenas pronunciadas tales palabras. El corazón de Morgana vibró en su pecho jubilosamente.

Lester sonrió.

—-No sé a qué quieres referirte, señor. Yo...

Pero Shado no quiso ceder. Dio un paso hacia atrás y escondió su maño entre los pliegues de su túnica.

—-¡Traición! —gritó—. ¡Los guerrilleros están aquí!

Y sacó una pistola radiónica.

Pero Lester no se dejó sorprender.

Tenía en la mano izquierda su fusil y levantó la culata del mismo, al propio tiempo que la adelantaba con terrible fuerza.

Shado consiguió esquivar parcialmente el golpe, pero no pudo evitar ser alcanzado en pleno pecho, cayendo de espaldas. Perneó ridículamente, en tanto lanzaba desaforados gritos en petición de socorro.

Lester recogió la pistola.

—-Detrás de mí, Morgana —dijo, y luego levantó la voz—: ¡Que nadie se mueva! Me llevo a la acusada, sí, pero no para matarla, sino para que viva muchos años. A mi lado, por si no lo sabíais. Ahí os quedáis vosotros con vuestras estúpidas rencillas y vuestro maldito orgullo de piationitas. Gracias a cuantos votaron a favor de la absolución y ahora...

Pasó la pistola a la joven, tomándola por el brazo.

Alguien abandonó su escaño.

—Me voy con vosotros — gritó Daley —. No puedo soportar por más tiempo esta podredumbre.

Dos o tres consejeros más le imitaron. El resto quedó contenido por los rectos cañones de los fusiles que portaban los guerrilleros.

Tomando por el brazo a Morgana, Lester empezó a retroceder, sin que nadie se atreviera a moverse. Desde el suelo, Shado les miró con odio infinito.

—No lograréis escapar — dijo.

Lester soltó una carcajada.

—Os aconsejo que huyáis cuanto antes de aquí. De lo contrario, podríais llevaros una sorpresa muy desagradable.

Llegaron a la puerta, que Tharoyan había abierto ya previamente.

Salieron por ella, protegidos por los mercenarios, después de lo cual, el grupo entero se lanzó a la carrera.

Atravesaron como un huracán una gran antesala, en la que había bastantes personas que les miraron con aire estupefacto. Pero antes de llegar a su término, oyeron un grito a sus espaldas.

— ¡Detenedlos! ¡Son guerrilleros!

Tharoyan soltó una maldición.

—Debiera haberlo acogotado— masculló.

Se volvió y largó una descarga, que hizo retroceder presurosamente al policía.

La gente se apartó de su lado como si fueran apestados. Sin dejar de correr, atravesaron la puerta de salida y se dirigieron hacia uno de los ascensores de gran capacidad.

Todo el grupo, incluidos los tres consejeros que se les habían unido, se metió en el ascensor, el cual perdió altura inmediatamente. Sin embargo, a mitad del trayecto, Lester pulsó el botón de parada.

— ¿Por qué haces eso? — preguntó la joven, intrigada.

—Estoy seguro de que Shado ya ha conseguido comunicarse con la guardia de la planta. Si salimos por allí, estarán esperándonos. Vamos a burlarles.

La puerta se abrió y todos abandonaron el ascensor, saliendo a un gigantesco corredor, al que daban numerosas puertas, todas ellas destinadas a dependencias del gobierno. Lester se arrojó contra una de ellas, hallándola cerrada.

Se apartó a un lado.

—-Tharoyan — dijo.

El armenio cargó contra la puerta. No obstante, ésta resistió, por lo que, para evitar pérdidas innecesarias de tiempo. Tharoyan levantó el fusil, desintegrando la cerradura con una descarga de baja energía, La puerta quedó libre.

Pero Lester no dio señales de atravesarla. Se quedó allí, quieto, inmóvil.

Ella le miró extrañada.

— ¿No vienes?

El joven meneó la cabeza.

—Tengo algo que hacer — dijo, cambiándole, antes de que Morgana pudiera resistirse, el fusil por la pistola, que colocó en su cinturón.

Morgana creyó entender los temerarios propósitos del joven.

— ¡No! ¡Abandona esa idea! —exclamó, asiéndole por los

hombros.

Lester tomó sus muñecas, apartando las manos.

—-Tharoyan—-dijo-—, llévatela y cuídala como si de mí mismo se tratase.

—Jefe, estás loco. Aquello está sembrado de guardias ahora.

—Me uniré con vosotros en el «Estrella Negra». ¡Vamos, daos prisa!

Y antes de que Morgana pudiera hacer nada por resistirse, dio media vuelta y se encaminó nuevamente hacia el ascensor.

La joven quiso correr hacia él, llamándole desesperadamente. Pero sus manos sólo pudieron tocar la puerta ya cerrada del aparato, que se llevaba a un único pasajero hacia arriba.

Lester se arrancó el falso bigote arrojándolo a un lado. Le molestaba y, además, ya no le servía para nada. Posiblemente, en aquellos momentos su descripción estaba circulando profusamente por todas partes, por lo que pasaría más inadvertido sin aquel molesto aditamento. También se arrancó las hombreras, quedando en simple soldado.

Salió por el mismo lugar donde había entrado. La confusión allí era enorme. Los Azules iban y venían por todas partes, atropellando descaradamente a los consejeros, cuyas protestas se perdían en aquel escándalo.

A su favor, el joven pudo deslizarse sin ser advertido. Buscó con la vista, hasta hallar una puerta que se abría y cerraba con más frecuencia que las demás.

Un capitán le increpó:

— ¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no estás con tus compañeros?

—Dispénsame, señor; pero aguardo a mi coronel, que está hablando con el Director Shado.

Lester lanzó su dardo al azar, dando en el blanco. El capitán refunfuñó algo entre dientes y se alejó a la carrera.

Inmediatamente, el joven entró en acción. Asió el pomo de la puerta y lo hizo girar.

Un hombre se volvió colérico hacia él.

— ¿Quién te ha dado permiso para entrar? ¿No ves que estamos ocupados?

El joven captó de un solo golpe de vista la situación. Sentado ante una mesa, Shado impartía órdenes sin cesar, en tanto que el incondicional coronel Zatos situaba, sobre un plano mural, numerosos puntitos rojos que indicaban las patrullas de la guardia.

Shado levantó la cabeza. Inmediatamente se puso en pie.

— ¡Lester Hayes! — balbuceó.

El joven se plantó sólidamente en el centro de la estancia.

—El mismo, traidor. Aquí me tienes. ¿No me andabas buscando?

El oficial que estaba junto a Shado lanzó un rugido de ira y echó mano a su pistola.

Lester no le dejó tocarla tan siquiera. Algo brilló en su mano, al mismo tiempo que se oía en la estancia el débil chasquido de una descarga radiónica.

Una leve columnita de humo se elevó Por los aires. El rostro de Shado se volvió del color de la ceniza.

—-¿Qué... qué es lo que quieres? — preguntó, tragando ruidosamente.

El índice izquierdo del joven señaló el micrófono por el que Shado había estado dando órdenes hasta entonces.

—Sólo una cosa: que canceles todas tus órdenes en sentido contrario a nosotros y que presentes tu dimisión, poniendo el cargo en manos del Gran Consejo— conminó Lester.

— ¿Qué me harás si te obedezco?

—-Vivirás—-dijo simplemente el joven.

Los labios de Shado temblaron. Pero la mano que sostenía la pistola que le encañonaba estaba tan firme como una roca,

Shado asintió. Alargó la mano hacia el micrófono, situado directamente bajo una placa con pantalla visora.

Pero en lugar de oprimir el interruptor de fonía, tomó el objeto con ambas manos y se lo arrojó al joven.

Lester esquivó el golpe de milagro. El aparato, un pesado armatoste de casi cincuenta centímetros de grueso, le pasó rozando la cabeza.

Aquello le hizo perder parcialmente el equilibrio. Vaciló, en tanto que Shado, lanzando un feroz aullido, tomaba una pistola de uno de los cajones de la mesa.

Lester se tiró al suelo, dando dos vueltas sobre sí mismo para esquivar la descarga, que perforó el pavimento como si hubiera sido de manteca. Luego quedó quieto un segundo y apretó el gatillo.

El alarido de pavor de Shado quedó cortado bruscamente. Su cuerpo pareció hincharse desmesuradamente una décima de segundo, disolviéndose en una pequeña nubecilla de polvo gris en el instante siguiente.

Todavía desde el suelo, Lester encañonó al coronel.

Le ordenó secamente:

—Zatos, tome un micrófono supletorio y anuncie lo que voy a decirle. El Director Shado ha abandonado su cargo, por motivos de salud, poniéndolo en manos del Gran Consejo, hasta que éste resuelva reponer a Morgana en su puesto. Anuncie también que, inmediatamente, se emprenderán las negociaciones para devolver la independencia a la Tierra, la cual entrará a formar parte, con plenitud de deberes y de derechos, del grupo de Sistemas Asociados.

Diga exactamente lo que le ordeno o no vivirá lo suficiente para verlo.

Zatos obedeció.

* * *

Todos los guerrilleros, ahora liberados, estaban, junto con su jefe y Wumion, sentados en la «Estrella Negra», en torno a una mesa. Bebían y charlaban alegremente, en tanto que esperaban a una persona.

Morgana tardó algo en llegar. Cuando lo hizo, Lester le tomó ambas manos.

—Gracias por haber accedido a nuestras pretensiones.

—Creo que eran de justicia.

— ¡Jefe! —«gritó Bauer, el ex número Tres—, ¿cuándo se convierte usted en Director consorte?

Las risas estallaron en la mesa.

—Cuando ella quiera. Pero antes tengo que hacer todavía algo.

Morgana frunció el ceño.

— ¿Qué es, Lester? — inquirió.

—Nosotros obedecíamos a un jefe, el cual nos transmitía las órdenes. Puesto que ya podemos ir por la calle sin necesidad de escondernos, creo que es hora de que él también enseñe la cara.

Morgana se echó a reír convulsivamente. Lester la miró extrañado.

— ¡Tonto! —exclamó la muchacha.

— ¿Eh?

—Pero ¿es que no lo comprendes?

Lester abrió los ojos desmesuradamente.

— ¡Tú! Pero ¡eso es imposible! ¡No lo creo, no puede ser!

—Pues lo es, Lester. Esa... estatua estaba conectada directamente con mis habitaciones, por medio de una línea

estrictamente privada. De tal modo que incluso pude hablarte mientras Shado me retenía prisionera, en espera del juicio. Naturalmente, los guardias estaban fuera, en los corredores. ¿Quieres que te repita punto por punto lo que te dije? ¿Quieres que te diga lo que hiciste cuando te abalanzaste sobre la estatua, creyéndola un ser de carne y hueso?

El joven se llevó las manos a 1a cabeza.

—Tú..., nada menos que tú, el jefe de la Guerrilla Negra. ¿Por qué? — preguntó de pronto.

Ella miró, muy seria, al dueño de la taberna.

—'Wumion, siento mucho el disgusto que voy a darte, pero yo no soy tu hija. Aunque llevo su nombre, y seguiré con él, pues me gusta, Morgana murió un año antes de volver. Ella y yo nos parecíamos mucho, y entonces el jefe del Servicio Secreto Terrestre me hizo adoptar su personalidad, para coordinar las actividades guerrilleras en Plation. Lo que nunca soñé es que iba a acabar siendo Director.

—Entonces ¿tú también eres terrestre? — preguntó, perplejo, Lester.

Ella movió la cabeza.

—No, salvo por el nacimiento. No soy terrestre ni plationita, sino ciudadana del Universo. Como debemos ser todos, olvidándonos del mundo en que hemos nacido y considerar que nos debemos a la Galaxia. No hay lugar ya para consideraciones semejantes de tipo minúsculo, sino que debemos pensar en una nación que abarque a todos los planetas de nuestra Vía Láctea. Pero esto— suspiró ella — es una tarea dura y larga y queda todavía mucho tiempo por delante para poder llevarla a cabo. Habrá luchas, disensiones, traiciones, pero un día todos los planetas se habrán unido y la paz se habrá hecho definitivamente en la Galaxia.

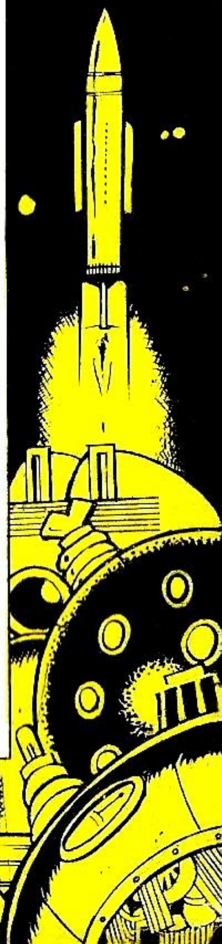
Hubo unos momentos de silencio, al cabo de los cuales, Lester dijo:

—Tu idea es magnífica y debe llevarse a cabo. Pero ¿qué te parece si mientras tanto celebramos una boda?

Ella le miró intensamente.

—¿Cuándo?


FIN



Escena de la película TORPEDO

Distribuida por C. B. Films

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 8 pesos